
EL TORO EN LAS RELIGIONES HISTÓRICAS

LAS ALTAS CULTURAS A PARTIR DEL NEOLÍTICO

Mesopotamia, Levante Asiático, Anatolia, Egipto, Creta, Grecia, el Egeo.

«Al final de la era glacial, se fueron formando sociedades agrícolas en el norte de África, Mesopotamia, Palestina, Siria y Asia Menor. Cuando el hielo se fue retirando hacia el norte, en el décimo y noveno milenio a. Ch., cambió el clima también en estas áreas. Las sequías en el verano redujeron los bosques y, por lo tanto, también la caza.

La gente, que hasta entonces solo había vivido de la caza y la recolección, se hizo sedentaria, pasando lentamente de la recolección de alimentos a la producción de alimentos. Este es el cambio del Paleolítico al Neolítico, la "Revolución Neolítica" descrita por Gordon Childe. Morgan la llamó la transición del estado salvaje a la barbarie.

Este cambio tiene lugar primero en Asia Menor, en Mesopotamia, con un pequeño retraso en el norte de África, en Egipto. Desde el Cercano Oriente, la agricultura se va extendiendo lentamente hacia el oeste. Esta es la deriva cultural del Oriente Próximo, son agricultores que emigran hacia el oeste buscando nuevas tierras. Llegan a Creta y Grecia en el quinto y cuarto milenio.

Creta, además, sufre una fuerte influencia de una corriente cultural del norte de África que partió de Egipto hacia el norte. Esta es la característica especial de esta isla. En el tercer milenio, llega del norte la cultura de la llamada "cerámica de cintas", que alcanza Grecia, Creta y el Mar Egeo.

Casi al mismo tiempo, se independizaron las sociedades en Mesopotamia, Palestina y Siria, y se formó una cultura egeo-anatolia independiente. Al comienzo del segundo milenio, parece que el continente experimentó la invasión de los arios indoeuropeos, que también invadieron el norte de Mesopotamia y, como hicsos guerreros, llegaron a Egipto. Esta invasión aria cambió todo el sistema estatal en Asia Menor y Egipto. En Creta se conservó la sociedad egeo-anatolia.» [Wesel, 1980: 50]

FUNCIÓN SOCIAL DE LOS DIOSES

Asociando los movimientos de los cuerpos celestes con el tiempo y las estaciones, el hombre del Paleolítico descubrió cómo su supervivencia dependía de los cambios estacionales. Poco a poco fue dejando de ser un cazador de animales y recolector de frutos, de ser nómada a convertirse

en sedentario al descubrir la agricultura, el cultivo de las plantas y la domesticación de los animales.

Las primeras civilizaciones se fueron asentando en regiones fértiles como las cuencas fluviales: Mesopotamia entre los ríos Tigris y Éufrates, Egipto regado por el Nilo, la India con los ríos Indo y del Ganges, y la civilización china en los ríos Huang Ho y Yangtze.

Con la producción de alimentos en cantidad y el descubrimiento más tarde de la fundición de los metales, comienza el intercambio de productos entre distintas comunidades, lo que genera sociedades complejas más jerarquizadas, cuya organización y funcionamiento dependía de normas aceptadas por todos.

Las sociedades de cazadores-recolectores vivían en grupos tan pequeños que casi cualquier comportamiento inmoral o antisocial era enseguida descubierto por todos. El hombre del Paleolítico creía en dioses y fuerzas sobrenaturales relacionadas con la naturaleza, y no tanto con el hombre y su comportamiento personal.

En las grandes sociedades es más fácil que el comportamiento individual pase desapercibido, lo que dificulta el funcionamiento el control y la regulación de los grupos sociales.

Hay una hipótesis que disfruta de bastante aceptación que propone que la aparición de dioses dotados del poder de hacer cumplir normas éticas y de convivencia es un proceso necesario para que se formen civilizaciones complejas.

El hecho de que una sociedad crea en un ser sobrenatural que puede castigar ciertos comportamientos favorecería la cooperación a larga escala entre extraños, un requisito esencial para pasar de pequeñas estructuras independientes a la formación de sociedades más complejas.

La hipótesis de los dioses moralizantes dice que, cuando un grupo empieza a adquirir determinadas dimensiones, necesitaría el cemento de la religión para mantener la paz y la unidad, necesita de deidades y poderes que dicten el comportamiento moral de los individuos y castiguen cualquier transgresión.

Un trabajo, publicado en la revista *Nature*, ha estudiado a fondo la evolución de 414 sociedades aparecidas en los últimos 10.000 años y llega a la conclusión de que la figura del Dios capaz de penalizar a los que no siguen un código ético concreto no sería lo que permite la emergencia de las sociedades complejas, sino que sería una consecuencia de ellas.

Este tipo de divinidades no aparecería hasta que una civilización superara un umbral, que han cifrado en un millón de personas. De modo que los dioses moralizantes no serían imprescindibles para que se consoliden grandes estructuras sociales, sino que serían más bien útiles después, una vez que ya se han establecido, para ayudarlas a expandirse y convertirse en imperios.

Según los autores de la investigación, las prácticas rituales, que suelen aparecer antes que la idea del Dios todopoderoso, serían más importantes para la cohesión social.

Normalmente, antes de crear a sus dioses, las sociedades necesitan inventar una forma de escribir, pues la palabra escrita, cuando se declara como vehículo para que Dios se revele a los humanos, tiene un enorme poder (ver las llamadas "religiones del libro").

Según las conclusiones de este equipo internacional de investigadores, la creencia en grandes dioses, deidades moralizantes que castigan las transgresiones éticas, son una consecuencia, y no una causa, del desarrollo de sociedades complejas.

Tradicionalmente se ha creído que el hecho de que los humanos cooperan entre grandes grupos, que no tienen relación genética alguna entre sí, era debido a que las grandes sociedades tienden a tener dioses moralizantes, mientras que las pequeñas no. Los grandes dioses moralizantes serían necesarios para la aparición de sociedades de gran tamaño. Nuevas investigaciones parecen probar que los dioses moralizantes más bien tendieron a seguir, no a preceder, a los crecimientos en complejidad social.

La creencia en lo sobrenatural es tan antigua como los humanos. Pero la idea de un ser omnisciente vigilante de la moral es más reciente. Los dioses moralizantes solo aparecen después de un fuerte aumento inicial de la complejidad social. Una vez que dichas sociedades alcanzaron un tamaño de alrededor de un millón de habitantes, la introducción de dioses moralizantes fomentó la cooperación entre personas con diferentes lenguas, etnias y trasfondos culturales.

La idea de un dios todopoderoso y moralizante, que vigila desde arriba a los humanos y sanciona a los que no se atienen a la norma, surgió después de que los humanos dejaran de vivir en una tribu y se asociaran en sociedades más complejas. Desde los antiguos egipcios hasta el Imperio Romano, pasando por los hititas, los dioses morales no entran en escena hasta que las sociedades no se hacen realmente grandes.

La primera sociedad histórica en la que surgió un dios moralizante es la Dinastía II, en Egipto. Ra, el dios del Sol, era el creador y el gobernador del cosmos, y juez, en el más allá, aplicando un código conocido como «maat»: 'lo que es correcto'.

A Ra le siguió Shamash, el dios del Sol que todo lo ve, en la actual Irán. Era un dios castigador de los injustos y de los que mentían o robaban. Después, en la sociedad hitita del Antiguo Reino de Hatti, en la actual Turquía, varios dioses castigaban la rotura de juramentos o el robo. Y así hasta llegar a la Edad Contemporánea, pasando por la dinastía Zhou, en China, el imperio aqueménida, la república romana, la confederación islandesa o el imperio inca.

Cuando aparecieron los dioses morales, la mayoría de las sociedades ya eran muy complejas. Es solo entonces cuando el dios moral cumple una función social:

«Quizá se deba a que, llegados a este punto, las sociedades son tan grandes que se vuelven vulnerables a las tensiones internas y el conflicto. Los dioses moralizantes podrían ofrecer una vía para que las sociedades siguieran prosperando a pesar de tales tensiones, haciendo que todos cooperasen para evitar ofender a un poder superior atento a nuestro comportamiento hacia los demás y del que se pensaba que castigaba a los transgresores» [Harvey Whitehouse]

LAS RELIGIONES NACIONALES

Una religión universal es un credo religioso que está abierto a todos los seres humanos del mundo indiferentemente de su origen étnico, cultural, racial, nacional, geográfico o político, a diferencia de una religión étnica que generalmente está circunscrita a un grupo étnico específico.

Los mejores ejemplos de religiones universales son el cristianismo, el islamismo y el budismo, que son religiones mayoritarias en muchos países diferentes y practicadas por muy diferentes pueblos, naciones y grupos étnicos.

En la antigüedad, casi todas las religiones eran étnicas y generalmente cada pueblo antiguo tenía sus propias creencias y dioses, o un pacto con un dios nacional específico (henoteísmo) como el pueblo hebreo. Casos excepcionales fueron los romanos que adoptaron la religión de los griegos, aunque latinizada.

En general, las religiones universales son predicadoras y misioneras, aunque este proselitismo puede variar desde un nivel discreto hasta uno activo. Casi todas las religiones surgidas recientemente son universales y abiertas a personas de todas las razas, naciones, etnias y países del mundo, y en algunos casos incluso son activamente proselitistas (testigos de Jehová, mormones, hare krishnas).

Las religiones universales se oponen al tipo de las religiones nacionales, que tienen en común el carecer de fundador: sus orígenes se confunden con los orígenes mismo del pueblo respectivo y cada una vincula a todos y solos los miembros de la comunidad respectiva. Las religiones supranacionales son religiones modernas, mientras que las nacionales son religiones de tipo antiguo.

«Una religión nacional, tanto si se trata de la profesada por una nación o de la profesada por una tribu que posee los atributos de nación en potencia, comporta unos rasgos históricos precisos, resumibles en la idea de que es toda una colectividad, grande o pequeña, quien la profesa, y de tal manera que la religiosidad es entendida y practicada como un negocio precisamente colectivo. Es la comunidad misma, y no el individuo, el sujeto de este tipo de religiones.

En una religión nacional existe una "salud" colectiva, a cuya conservación tienden todos y cada uno de los miembros, pero no tanto como personas individuales como ciudadanos, como miembros de un Estado al cual corresponde la regulación de todo el interés colectivo, y por tanto también este de la "salud" colectiva. Así las relaciones entre lo numinoso y el hombre vienen organizadas, en las religiones de tipo nacional, a través del Estado.

Tipológicamente, estas religiones de origen y carácter nacional se pueden considerar como arcaicas. Históricamente, por lo demás, han solido ser reemplazadas o superadas por religiones de tipo universal.

Por otra parte, ninguna religión de tipo nacional ha practicado el proselitismo misionero.

Si la religión romana logró imponerse en casi todo el mundo occidental antiguo, su expansión no puede considerarse ante todo como efecto de un "momento religioso", sino de un "momento político". La religión nacional tiende, más bien que a hacer partícipe de la propia religión a los pueblos sometidos, a incorporarse su religión: a "conquistar" también sus mismos dioses, porque los dioses extranjeros vienen a ser también potencias. [...]

Esta vinculación entre lo religioso y lo nacional se percibe en lo referente a los contratos entre una nación y otra: cuando se establece un tratado entre dos naciones de religión nacional, el tratado es tanto y más una relación entre los dioses respectivos que entre los reyes o príncipes. A la suprema jerarquía de la nación se le atribuye carácter divino.

La realeza como institución divina descansa sobre la concepción de algún parentesco entre la persona del rey y la divinidad. Sea positivo o negativo, el poder numinoso de la realeza es de la misma especie que el de la divinidad. Sobre la nación ejerce la radical soberanía un dios, del cual el rey es representante y agente ordinario. Así las peripecias político-nacionales reobran sobre el elemento de por sí religioso. La ciudad vencedora impone su divinidad a las restantes y este es el proceso a través del cual se llegan a formar las religiones de Egipto y de Babilonia.» [Álvarez de Miranda, 1961: 23 ss.]

En el mundo oriental el principio de la realeza apareció siempre ligado al de la divinidad. Una sociedad ordenada no se concebía sin la jefatura de un rey. El aspecto teológico de la realeza revistió en Mesopotamia menos importancia que en Egipto, donde la sociedad humana repetía el modelo del orden cósmico. En Mesopotamia la realeza era una institución social y el monarca era un mortal, miembro de la comunidad y encargado de mantener la armoniosa relación entre la sociedad humana y los poderes sobrenaturales. En Egipto la función del faraón era proteger el orden establecido frente a la amenaza del caos.

La relevancia del vacuno sobre otros animales, sobre todo las características del toro salvaje, eran el símbolo más adecuado para hacer comparaciones: El dios-toro, el Toro Celeste, Zeus-toro. Así el faraón fue equiparado a un roto bravo, encarnación de la fuerza de la fertilidad. Más tarde, al desempeñar el rey su función directiva, el terrible toro poderoso se fue transformando en el pastor que cuida su grey y la defiende del enemigo; y el pueblo, en el rebaño doméstico.

Ante de que los dioses antropomorfos adquirieran importancia, aparece el toro antropomorfo, el hombre-toro, héroe protector de los hombres y de los ganados. Se le representaba con cuerpo de toro y cabeza humana, barba larga y orejas y cuernos de bovino. La unión de los rasgos taurinos y humanos era exponente de su doble naturaleza sacralizada. Se extendió el uso de máscaras taurinas.

Las astas taurinas fueron símbolo de fortaleza y poderío, empleadas como emblema por la realeza y por la divinidad. Las astas de toro formaron parte de los tocados de los grandes personajes del cielo y la tierra. Al uso de la tiara de cuernos se unió el empleo del casco astado como distintivo de valor. Los llamados "cuernos de consagración" aparecen sobre muros, altares, etc. y podrían señalar lugares consagrados, también ornamentaban sarcófagos o urnas funerarias.

Los cuernos de consagración podrían tener carácter defensivo, según algunos autores. Otros ven en los cuernos de Çatal Hüyük el símbolo del *paredros* de la diosa. De todos modos, el cuerno fue empleado en todas las culturas como instrumento religioso: como vasija para contener el óleo sagrado, con que se ungían a los monarcas, o como instrumento musical, empleado tanto en las ceremonias religiosas como en la milicia.

En las celebraciones religiosas, la carne de vacuno era el manjar más delicado. En las ceremonias de ofrenda y sacrificio, dioses y fieles participaban en los ágapes sagrados, La afluencia de fieles pudo haber sido tan masiva como para explicar el origen de las grandes hecatombes griegas, en las que se sacrificaban 100 bueyes. La sangre de la víctima desempeñó un papel fundamental en el sacrificio. La sangre constituía el elemento vital y solo pertenecía a los dioses. La sangre del sacrificio era recogida en vasijas o en pilas donde desembocaba a través de conductos abiertos junto al altar. También fue empleado en las ceremonias el vino tinto (rojo), que para los hebreos era "la sangre de la uva".

Los ritos de sangre tenían varias funciones: la de purificación y santificación (por aspersion o por impregnación; la de fecundación de la tierra (la tierra era rociada con sangre como símbolo de fecundación), eran los ritos ctónicos; en los ritos de renacimiento, se empapaba a los fieles con la sangre del toro a manera de bautismo que los convertía en hombres nuevos (ritos místicos). La ingestión de sangre como bebida fue considerada sacrílega en la antigüedad.

«El toro, símbolo de fertilidad masculina y del poder telúrico: Las culturas ribereñas del Mediterráneo y las del Próximo Oriente

consideraron la fertilidad como un valor fundamental. Su vida y su supervivencia dependían en buena parte del normal desarrollo e las cosechas, de la abundancia de los animales y de la cantidad de brazos disponibles para el trabajo y para la defensa de sus propiedades. De aquí que, desde tiempos muy remotos, el hombre tratara de descubrir la fuente de tan gran beneficio.

La temprana percepción del doble poder genésico y físico del toro le convirtió en el vivo exponente de la virilidad, la cual sirvió de base para su sacralización, asociándolo a un principio masculino estimulante de la naturaleza sin cuyo influjo nada se desarrolla.

La epifanía taurina del dios, presente en los santuarios de Çatal Hüyük (VII milenio a.C.), adoptó apariencia corniforme o taurocéfala para acompañar a la Gran Diosa, la cual daba a luz un toro como fruto de esa unión. Las cabezas del sagrado animal están moldeadas en barro y recubiertas de yeso. Las más antiguas lucen astas del mismo material, pero a partir del N-VI se les colocaron encornaduras y frontales de animales muertos. Es probable que tanto estos apéndices como los anatolios precediesen de reses ritualmente sacrificadas y concentrasen las virtudes del toro.

La cultura de Halaf pudo ser creación de poblaciones procedentes del norte, posible resto de las que hasta entonces ocuparan Hacilar y Çatal Hüyük.

Esbeltas testas vacunas siguieron empleándose para decorar la alfarería. A veces iban unidas a la doble hacha, emblema de ese dios de la tempestad tan importante en las regiones del Próximo Oriente, ampliando las atribuciones de la deidad masculina y de su animal sagrado.

Este tema reaparecerá como motivo ornamental en Micenas (Grecia). La importancia de la testa bovina se puso especialmente de relieve durante la edad de oro de Sumer. La civilización egipcia descubrió muy pronto el carácter protector de la cabeza bovina.

En el sur de la península Ibérica existen petroglifos de bucráneos tan antiguos como los de monte Bego y Valcamónica. La cabeza de toro continuó usándose en diversos contextos hasta la conquista romana. Baleares ha proporcionado numerosos hallazgos arqueológicos que reflejan la existencia de una taurolatría.

Mallorquinas son también las famosas cabezas de toro de Costitx, de gran tamaño y perfección técnica y artística. Se encontraron también una serie de cuernos de tamaño natural.

Sobre la punta de uno de ellos destaca una pequeña paloma, símbolo de la Gran Diosa en la religiosidad egea y sarda, que vincula al toro con los mitos de la fertilidad de la Diosa Madre.

La cabeza vacuna formó parte de la escritura jeroglífica antigua, cuya evolución resultó en la letra A del alfabeto greco-latino y Alef del semita.» [Delgado Linacero, 1996: 269 ss.]

LA ADSCRIPCIÓN DEL TORO AL MUNDO CELESTE

El hipergenitalismo (desarrollo exagerado de los órganos sexuales externos) convirtió al toro en representación mágica de la fertilidad masculina. Pronto se estableció una conexión entre el vigor sexual y la irritabilidad y fiereza de los animales.

En contraste, también la bravura y ferocidad quedó vinculada simbólicamente a los fenómenos de la naturaleza que destruyen y aterran a los hombres. Tormentas, ciclones, terremotos son identificados o comparados con la violencia de un toro enfurecido.

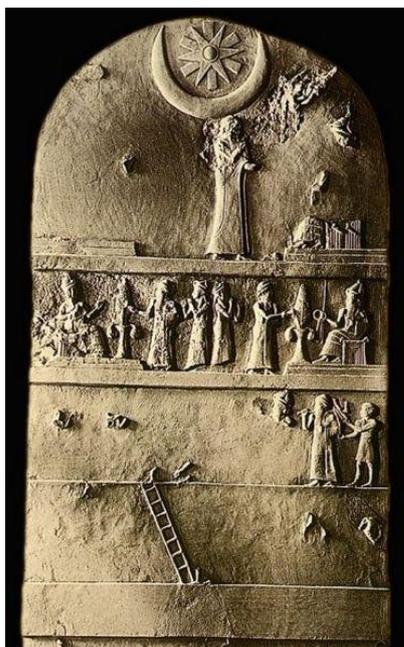
La interrelación del hombre con los cuerpos siderales ha sido siempre objeto de investigación humana. La observación del firmamento sirvió para establecer las estaciones del año. Pero la interpretación astrológica de cada una de las culturas antiguas fue diferente y define el talante y forma de pensar de estos pueblos.

Los sumerios y acadios concebían el firmamento como un gran mapa astral en el que estaba marcado todo su destino, la lectura de este mapa significaba comprender la voluntad de los dioses, identificados con las estrellas.

Para los egipcios el conocimiento de los astros se limitó al estudio científico y a su aplicación en el terreno económico. El hombre mesopotámico se inspiraba en el cielo nocturno estrellado; para el hombre egipcio, el Sol fue siempre un dios creador y providente.

«En Sumer, la divinidad lunar era de carácter masculino, rasgo compartido con sus iguales de los países limítrofes. Desde el período sumerio, Nanna viajaba por el firmamento estrellado en una nave creada por los dioses Anú, Enlil y Ea. Desde allí derramaba sus bendiciones sobre la tierra. La semejanza de este navío y del creciente lunar con las astas del toro quedaron plasmados en la escritura. Hacia el 2600 a.C., los escribas tomaron del idiograma "cuerno" los signos para formar las palabras "navío, navegar, superabundancia y llenar", conceptos presentes en los himnos dedicados al dios.

Nanna pasaba por ser una antiquísima divinidad pastoril y, cerca de su templo, poseía una auténtica granja con establos para animales, majadas para pastores y recintos para productos lácteos. Aunque uno de las piedras de fundación del templo de Nanna (Ur) calificaba al dios como "Toro del Cielo", este apelativo se aplicaba a menudo al feroz ejemplar enviado por Anú contra Gilgamsh, o a las divinidades relacionadas con los fenómenos celestes sin connotaciones propias astrales. Por otro lado, el "Toro del Cielo" al que se refiere el poema sumerio, era la encarnación de la sequía.



El culto lunar estaba extendido por todo Sumer, pero solo era oficial en Ur, de donde Nanna era el patrón.

La estela de Ur-Nammu (Mesopotamia) representa al monarca recibiendo del dios la orden de edificar su templo. Una gran media luna, semejante a unas astas de gran tamaño, preside la escena.

La mitología sumeria describe a Nanna como un joven toro de color ígneo y harba de lapislázuli. Sin duda, se alude al brillo del astro durante el ocaso solar y al fulgurante azul del cielo oriental tachonado de estrellas.

Es significativo el empleo de materiales

refulgentes y de lapislázuli en las cabezas tauromorfas halladas en las tumbas reales de Ur (2600 a.C.) y en el santuario de Sin (2700 a.C.). El contexto funerario que rodea las cabezas de Ur pudo tener conexión con la condición de Nanna (Sin) como juez de los difuntos. La *muerte y resurrección* cíclica del astro alimentaron la mentalidad de un pueblo con la esperanza de un mundo mejor. El dios visitaba los Infiernos periódicamente y decretaba, junto a Utu (Sol), el destino de los muertos.

La conquista romana difundió el uso de los símbolos lunares por los países que formaron su Imperio. En todos eran ya conocidos, pero recibieron un nuevo impulso de los conquistadores. La Luna, a veces unida al Sol, figuró en las estelas y monumentos de las necrópolis de la futura Europa.

Alusivos al mundo astral y funerario parecen ser los llamados "estandartes" de bronce encontrados en las tumbas de Alaca-Hüyül (Anatolia). Todos los animales son muy estilizados y de enormes astas. La conexión celeste de estas piezas se deduce de otras parecidas en forma de disco, de las que irradian o cuelgan pequeños semicírculos.

Una decena de caracteres de la escritura hebrea designaba fases del satélite. Así, el alef, 'toro' (primera letra del alfabeto o alfabeto hebreo: álef-bet), constituía su símbolo durante su primera semana de evolución y, a la vez, el término por el que se conocía el primer signo del zodiaco con el que comenzaban las casas lunares. Esta correlación de alfabeto y fases lunares existía también entre babilonios y griegos.

Los conocimientos astronómicos y astrológicos de los egipcios posibilitaron la confección de calendarios, en los que se identifica el signo de Tauro, y de mapas celestes, donde figura una constelación tauomorfa llamada Meskhit. El calendario coincidía con el año solar de 365 días. También existía otro calendario lunar, en uso desde el período

protodinástico, para establecer las fechas de las grandes fiestas religiosas.

La religiosidad egipcia no dio gran importancia al culto lunar, pero sí estuvo dominada por el culto solar. El carácter taurino se extendió a los tres toros sagrados más importantes de Egipto: Apis, Mnevis y Buckis. Apis tuvo también un carácter lunar, expresado en la celebración de festividades coincidentes con el plenilunio.

En Grecia e Italia, la importancia cultural del sol fue secundaria, aunque en la Creta prehelénica la Gran Diosa, figura central de su religiosidad, se mostraba unida a signos astrales, en particular con el sol y la luna.

Símbolos solares en unión de bóvidos han sido encontrados en toda la península Ibérica. Existen indicios de una simbología solar taurina en nuestras fiestas populares donde intervienen "toros de fuego" o embolados.» [Delgado Linacero, o. c., p. 299 ss.]

LA FIGURA DEL PAREDROS

«Desde el Neolítico, los grupos agrícolas basan su existencia en los ciclos estacionales, a los que la religión está fuertemente ligada. El toro completo o algunos de sus miembros (cabeza, cornamenta) simboliza la fuerza de la naturaleza y el fecundador de la Diosa Madre que garantiza la regeneración de vegetales y animales. El toro se contempla como un ente susceptible de recibir culto divino, mas sin ser considerado un dios propiamente dicho, como muestran las cabezas y cuernos de toro en las capillas de Çatal Hüyük (del 6000 a.C.). A veces la Diosa Madre da nacimiento a una cabeza de toro. Los bucráneos representan probablemente el animal sagrado del dios masculino, que en los relieves murales aparece en forma humana. En las figuras el dios paredro de la diosa, a veces viejo y con barba, se plasma frecuentemente como toro».

[Blázquez / García-Gelabert, 1997]

Paredros (del griego antiguo πάρεδρος, paredros) es un sustantivo o adjetivo que significa literalmente «sentarse cerca», «que está sentado al lado») es una divinidad asociada al culto de una divinidad superior.

Traducido como *asesor*, en la antigua cultura griega representaba la función de ayuda en una institución política. Los *paredroi* eran en la mitología griega los acompañantes o asesores de divinidades más importantes.

En la mitología mediterránea, el *paredros* era un ser mortal del que la diosa se enamoraba. Una vez realizado el acto sexual, la diosa lo castraba y los transformaba en eunuco. El *paredros* moría y resucitaba transformado en divinidad. El dios fenicio Melkhart era un *paredros* de la diosa Tanit, símbolo de la semilla que muere para resucitar, como en el sacrificio de Osiris por Isis.

El toro tenía la función de *paredros*. El epíteto del dios-toro Min en Egipto era Kamutef, "toro de su madre", alusión a las condiciones del primer engendrador de todo lo existente, esposo y fecundador en la esfera de todos los seres femeninos.

En el atributo de Kamutef, "toro de su madre", el sustantivo toro es sinónimo de esposo o fecundador. Es el que no ha sido engendrado por ninguno y, por ser el engendrador primordial y primogénito, es "el que se engendra a sí mismo", engendrador de sí mismo mediante la fecundación de su madre.

Si la madre concibe, pero no engendra, el primer engendrador de la madre tiene que engendrarse a sí mismo y luego regenerarse en el seno materno una y otra vez. Es la solución a la pregunta tradicional de quién fue primero: ¿el huevo o la gallina?

«Recordemos que el *paredros* de la Gran Diosa tiene forma de toro como símbolo de la fertilidad, que cada año pierde su vigor y muere para volver a renacer al año siguiente. Este es el significado que tenía el toro como símbolo de la vegetación tanto en la antigua Çatal Hüyük (Anatolia) como en la cultura de Nerik (ciudad hitita, cuya localización exacta se desconoce), donde el toro se retira al inframundo atravesando las "puertas de la negra noche", entrando en la caverna, dejando tras de sí en la tierra una gran sequía.

También en la cultura minoica de Creta parece que el toro era un animal ctónico, asociado al culto de las cavernas. Este toro del inframundo provocaría los terremotos, que amenazaban de continuo la isla, embistiendo con su cornamenta contra el techo de la tierra y agrietándolo, lo que provocaría los terremotos.

En el Palacio de Cnosos, encontró Evans dos cráneos de toro dispuestos en forma diagonal en dos esquinas. El edificio podría haber sido destruido por un terremoto, a raíz de lo cual se habrían sacrificado dos toros a los poderes ctónicos, responsables del terremoto, rellenando luego de tierra el lugar de la ofrenda.

El "rugido de las cuevas" es causado por el hecho de que, durante una tormenta o el deshielo, sube el nivel del agua en la cueva y sale a presión por la entrada haciendo un fuerte ruido que se oye como si fuera el rugido de un monstruo. En la antigua Mesopotamia, la montaña era considerada el cuerpo de un toro, y cuando los gases naturales eran expulsados a presión de las cuevas y grietas de los montes Zagros, se decía que el toro ctónico había rugido.

Este *paredros* de la diosa minoica, simbolizado en la figura de un toro ctónico, cuyo bramido resonaba en las cavernas en las que se le rendía culto, sobrevivió en la figura de tres dioses griegos:

- a) En su función de dios de la vegetación: Dionisio y Zeus Kretagenes (Zeus cretense, muy distinto del conocido Zeus, rey de los cielos, y

de los dioses olímpicos), que, como Dionisio, cada año moría y resucitaba en la primavera, junto con la naturaleza toda.

- b) En su función de causante de funestos terremotos: el estremecedor Poseidón, que aparece, primero como dios indoeuropeo, en forma de caballo, y que más tarde en Creta, por influjo del Egeo, se convierte en un dios-toro.» [Duerr, 1984: 178 ss.]

EL HIEROS GAMOS O MATRIMONIO SAGRADO



Hierogamia, Hieros gamos o Hierosgamos, es un concepto teológico de varias religiones que se refiere a la existencia de algún tipo de matrimonio sagrado, bodas santas o bodas espirituales. Etimológicamente proviene de la composición hierós- (del griego ἱερός, 'sagrado'), y -gamos (del griego γάμος, -γάμος, 'unión' o 'matrimonio').

Como resultado de la antropomorfización característica de todas las religiones, las antiguas incluyen entre sus mitos un papel central a la unión carnal entre dioses; por ejemplo, en la religión egipcia, entre Isis y Osiris, incestuosa, como muchas de las hierogamias.

«Rito de renovación por excelencia era el matrimonio sagrado. Perteneció al espacio mítico-ritual del Próximo Oriente, extendiéndose desde allí al resto del Mediterráneo. Muy importante era la presencia e intervención femenina durante la celebración, la cual consistía en el hieros-gamos o unión sagrada del dios del cielo (o de la tormenta o del sol) con la diosa tierra, personificados por el soberano y la reina o una heródula.

La revitalización del monarca garantizaba no solo el desempeño de su labor gubernativa, sino la transmisión de la fuerza vital a su pareja a través del solemne acto final: la cópula, real o ficticia, realizada en el

interior del templo. Ese acto reproducía la acción creadora de las propias divinidades a quienes sustituían y, en consecuencia, debía llevar consigo la explosión de la vida. EL carácter taurino de tales deidades acentuaba aun más el significado renovador del ritual y convertía a los monarcas en símbolos vacunos de una fecundidad y una fuerza cosmológica nacional.» [Delgado Linacero, 1996: 187 s.]

En la religión mesopotámica la unión carnal de dioses o diosas con mortales era un tema muy repetido, tanto en la literatura (*Epopéya de Gilgamesh*) como en ritos específicos que tenían lugar en el etemenanki, un espacio destacado del zigurat, donde el dios (encarnado para la ocasión en un sacerdote) yacía con una mujer. El ritual es descrito de forma escéptica por las fuentes griegas (Heródoto, que lo compara con otros similares de Tebas y Licia). Se celebraba con motivo del Año Nuevo. Los ritos tenían como finalidad el triunfo sobre las fuerzas del mal y la regeneración periódica del cosmos. El monarca, en el papel de Dumuzi, se unía con la diosa Inanna, papel asumido por una de las sacerdotisas. La misma fiesta se celebraba en Babilonia durante los primeros días del mes de nisán. En el mito cananeo de Baal existían una serie de rasgos que sugieren la celebración ritual de una hierogamia. En Egipto, la sagrada unión quedaba encuadrada dentro de la fiesta de Min, una de las más populares del país.

En la mitología grecorromana es abundantísima la referencia a todo tipo de contactos carnales entre todo tipo de seres sobrenaturales. Se describen relaciones legítimas (Zeus y Hera -cuya unión se celebraba en el Heraion de Samos-), ilegítimas (Afrodita y Ares, Deméter y Yasión) y frustradas (Apolo con Dafne, Pan con Siringa y Pitis, Orfeo con Eurídice); y sobre todo las que se establecen entre dioses y mortales (metamorfosis de Zeus), que engendraban a los héroes (telegonía). La prostitución ritual de ciertas hetairas griegas se realizaba en determinados templos, y se le atribuía un carácter sagrado.

«Aunque no hay pruebas arqueológicas que confirmen la existencia de una divinidad cretense masculina, los mitos griegos alucen a las hierogamias celebradas en Creta en las que, sin duda, participaba un dios de la vegetación de carácter generador. En los amores monstruosos de Pasifae con un toro podría ocultarse la unión ritual de la gran sacerdotisa del templo de Cnosos, identificada con una becerra, y la del soberano, asimilado a una divinidad tauromorfa. Lo mismo podría decirse de los amores de Zeus y Europa.» [Delgado Linacero, o. c., p. 290]

«Todo hace indicar que hubo una época en que también en Creta se practicaba la hierogamia o matrimonio sagrado, la unión carnal entre la Gran Diosa, representada quizás por su sacerdotisa, enmascarada como una vaca, y su paredros o acompañante, enmascarado como un toro. Este *hieros gamos* parece estar detrás del mito de Pasífae, la esposa de Minos, que ardió en amor por un toro de Poseidón a quien el dios había enviado del mar como un sacrificio para sí mismo. Ella construyó un

armazón cubierto con piel de vaca, se metió dentro de él y el toro sagrado copuló con ella para dar a luz al Minotauro.

Supongo que el Minotauro, el "Toro de Minos", no es otro que el paredros de la Diosa en calidad de hijo. Al mismo tiempo, este paredros era el amante de la diosa, Minos, con quien copuló regenerando así al dios-toro que representaba la vegetación.

Los micénicos probablemente no entendieron bien la idea de que el paredros en forma de toro se generaba a sí mismo en el vientre de la diosa en forma de vaca, y seguro que se armaron un lío con la para ellos extraña relación de un ser humano con un animal. Fue así que hicieron del paredros tres figuras: en un toro enviado por Poseidón que excitó la lujuria "perversa" de la reina, su esposo y el hombre-toro Minotauro, fruto de la inmoral relación.

Como es sabido, Teseo dio muerte al Minotauro en el laberinto. Y aquí surge la pregunta de si estas hazañas heroicas no son más que una interpretación griega de un antiguo ritual minoico en el que el paredros, en forma de toro, es despedazado por su madre y amante, la diosa cretense.

Recordemos la interpretación que hemos dado del mito en el que Anat mata a su paredros Baal: esta muerte del dios toro, que representa la vegetación, significa la muerte de la naturaleza in el seno de la madre que da la vida, y que el coito con la diosa lleva a la muerte y, al mismo tiempo, a la regeneración de la vida.

¿Sucedió algo así en la Creta minoica? ¿Realizaba el *hieros gamos* el representante del dios de la vegetación, en forma de un toro, con una sacerdotisa que representaba a la diosa de la vida? ¿Y se daba muerte a un toro en el laberinto, donde tenía lugar el *hieros gamos*?

El hacha cretense de doble filo, la labrys (griego: λάβρυς), quizás símbolo del poder de la diosa, se representa, a menudo, entre cuernos de consagración o entre los cuernos de las cabezas de los toros. ¿Aturdía la sacerdotisa al toro de la vegetación con la labrys, para luego degollarlo de forma ritual?

Cabe muy bien pensar que la fuerza vital del toro, asesinado con la doble hacha después de realizado el *hieros gamos*, yacía en su sangre o en su semen, que se derramaba sobre la tierra en el momento de su muerte. La idea de que del semen y de la sangre del toro sacrificado surgía la estaba muy extendida en la antigüedad.

¿Se sacrificaba en la Creta minoica un "Minotauro", un toro, en lugar de Minos, la encarnación del paredros en forma de toro, un ritual que los griegos interpretaron como la muerte del hombre-toro a manos del heroico Teseo? ¿Y se "bañaba" el Minos en la sangre de su toro, es decir, se regeneraba, por así decir, en su propia sangre?» [Duerr, 1984: 133 ss.]

En la mitología griega, Minos era el nombre de uno o dos reyes semilegendarios de Creta. La civilización minoica recibe de Minos su nombre. No está claro si Minos es un nombre o si era la palabra cretense para rey.

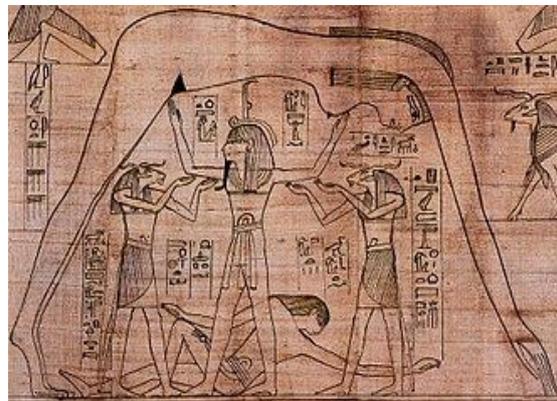
En Grecia se celebraban las *antesterias*, fiestas que tenían lugar los días 11, 12 y 13 de antesterión (de febrero), y que se celebraban en honor a Dionisio. El primer día del festejo se abrían las vasijas en las que se guardaba el vino nuevo, y se ofrecía a los asistentes a las puertas del templo de Dionisio. El segundo día tenía lugar un concurso de bebedores. Al día siguiente, se organizaba una gran procesión en la que se escenificaba la llegada de Dionisio y su cortejo a la ciudad.

Con este motivo, se conducía un toro sacrificial en solemne procesión al santuario de Limnaion. Allí se oficiaban diversas ceremonias en las que tomaba parte la *basilinna* (reina) o mujer del arconte. A partir de este momento, la *basilinna* era considerada esposa del dios y subía junto a él en su carroza. El cortejo nupcial se dirigía a la antigua residencia real, el *boukoleion* (establo de bueyes) donde, según Aristóteles, se consumaba la hierogamia entre ellos. Puede suponerse que en la Roma primitiva existiera también un *matrimonio sagrado*, expresado por el casamiento del rey con una diosa de la vegetación simbolizada por un roble, uno de los atributos de Júpiter.

EL TORO EN LA ANTIGUA RELIGIÓN DE EGIPTO



La Vaca Celeste: La diosa celeste Nut representada como una vaca y apoyada por las ocho entidades divinas Heh.



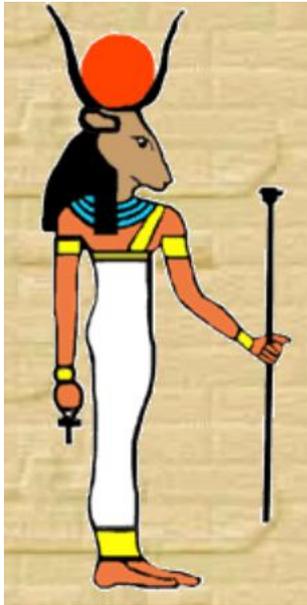
Nut, desnuda, con el cuerpo arqueado a modo de bóveda celeste, sobre su marido Geb (la Tierra). El padre de Nut, Shu (aire atmosférico), intenta separarlos.

Nut, o Nuit, "La Grande que parió a los dioses", es la diosa del cielo, creadora del universo y los astros. Hija de Shu y Tefnut, esposa de su hermano Geb, y madre de los dioses Osiris, Isis, Seth, Neftis y Horus el viejo, que nacieron en los días epagómenos. En Heliópolis era madre de Ra y se la identificaba con una vaca (Mehet-Urt).

Nut, diariamente paría al Sol que viajando sobre su cuerpo llegaba hasta su boca, desapareciendo en el interior (o en la Duat), renaciendo al día siguiente.

Protectora de los muertos, que acudían a ella para obtener alimento y protección, daba a los difuntos la facultad de renacer. En los sarcófagos se la representaba protegiendo al difunto con las alas extendidas, o en el interior, como mujer con los brazos alzados, ayudándolo a renacer en el Más Allá, o como representación del cielo.

Su morada era un sicomoro (higuera) en Heliópolis y sus ramas eran refugio de las almas cansadas.



Hathor es una divinidad cósmica, diosa nutricia, diosa del amor, de la alegría, la danza y las artes musicales, Su nombre significa "El templo de Horus" o "La morada de Horus", para identificarla como madre del mismo y, a veces, su esposa. Es representada como vaca con los símbolos del disco solar, uraeus, collar y corona. En otras representaciones es simplemente una mujer o una vaca (a veces con manchas en su pelaje). En períodos posteriores, a veces lleva plumas gemelas y un collar menat.

Considerada hija de Ra, ojo de Ra y esposa del dios Horus, aunque en algunas representaciones ceremoniales aparezca como madre del dios asociada a Isis. Según la mitología egipcia juntos vengaron la muerte del padre de Horus, el dios Osiris. Alimenta y da vida del árbol celestial.

Con la imagen de vaca, acoge y protege a los difuntos, ofreciendo alimentos a los muertos y ayudándolos para no sufrir.

El toro es un ser ctónico, ligado a la tierra sobre la que se yergue su figura benéfica. Sólo en Egipto fue elevado por los sacerdotes a la esfera uránica (celestes, astral) en forma de Apis, el toro sagrado que se llegó a integrar en el panteón de dioses egipcios asociados con la muerte.

La figura del toro ha sufrido en Egipto una compleja evolución a partir del culto local del toro y de la vaca, representantes de la idea de la fecundidad en la imaginación popular.

«Según los estudios de Lundolf Malten (1928), la figura del toro, como también la de la vaca, conquistaron, a través del sincretismo, aspectos de la teología solar. Esta teología, que originariamente era extraña a estos animales, sobreponiéndose al culto local y primitivo del toro y de la vaca, desembocó en representaciones de carácter uránico.

En el círculo uránico, probablemente se adelantó la vaca más que el toro dentro de la teología celeste (así la vaca Nut, como imagen del cielo estrellado, sería el primer resultado de esta tendencia al sincretismo, como fusión de un culto local a la vaca con una divinidad del cielo Hatnor); la vaca arrastró al toro y lo introdujo en el ámbito celeste y cosmogónico; a partir de esta incorporación se produjeron nuevos resultados, más alejados aun del original significado del toro, como, por ejemplo, su inclusión en el ciclo funerario. El toro del cielo no es más que una proyección del dios-toro adorado en la tierra.

El original culto real del toro no dio lugar a mitos inmediatos sino solo después de haberse combinado con los dioses del cielo. Después, esta unión se convirtió en un punto de partida para una larga serie de especulaciones mitológicas que de por sí no tienen un punto de unión con el culto antiguo.» [Álvarez de Miranda, 1962: 136 ss.]

El binomio "sol-toro" se basaba en su poder generador, capaz de hacerle surgir cada mañana tras su desaparición en el Infierno. Durante el día, el disco solar iluminaba los espacios siderales desde un navío; al atardecer se ocultaba por el oeste y, después de atravesar las regiones infernales, renacía de Nut en un luminoso amanecer. Este renacimiento se producía por la fecundación solar sobre esta diosa celeste. Era el misterio egipcio del "kamutef" o "toro de su madre". Nut era representada como una mujer o como una vaca con el cuerpo cuajado de estrellas. El sol naciente tomaba la forma de un becerro que alcanzaba la madurez a medida que avanzaba el día. El faraón como imagen de Re participaba a su muerte de la inmortalidad solar.

El progresivo sincretismo fue convirtiendo al toro, como representante antiguo de la regeneración y de la vegetación, en un dios más complejo, encarnado en figuras de dioses-toros, relacionados con Osiris, con Re-Athum y con Montú. Las especulaciones teológicas de los sacerdotes acumularon elementos teológicos en las figuras de estos toros, y estos elementos tenían muy poco que ver con las creencias populares y no influyeron en ellas.

«Los tres famosos toros dioses son: Apis, Mnevis y Bukhis, que llegan a ser toros con un nombre propio, es decir, tres dioses encarnados en toros, en virtud de un proceso religioso selectivo de abstracción, obrado en la esfera de la religión oficial, para la que lo más importante no era el toro en sí mismo, cuanto el dios que se encarnaba en él.

La religión popular, a su vez, sacando la intuición originaria de la potencia del toro, seguía vinculada al elemento más concreto y sensible del dios-toro, a su naturaleza taurina y no a su transfiguración teológica.» [l. c., 138]

La religión del Antiguo Egipto no era una institución monolítica, consistía en un vasto y variado conjunto de creencias y prácticas, enlazadas por su enfoque común en la interacción entre el mundo de los humanos y el mundo de lo divino.

Las características de los dioses que poblaban el reino divino estaban inexplicablemente relacionadas con el entendimiento egipcio de las propiedades del mundo en el que vivían.

La práctica formal religiosa se centró en el faraón, rey de Egipto, quien se creía poseía un poder divino por virtud de su posición. Éste actuaba como intermediario entre su gente y los dioses y estaba obligado a sostener a los dioses a través de rituales y ofrendas para que mantuvieran el orden universal.

«En los tiempos históricos no se concebía en el mundo oriental una sociedad ordenada sin la jefatura de un rey. Las concepciones más antiguas se elaboraron en Mesopotamia y Egipto. El principio de la realeza apareció siempre ligado al de la divinidad, aunque tuvo un carácter diferente en una y otra zona.

En Mesopotamia nunca formó parte esencial del orden de la creación y su aspecto teológico revistió menos importancia en Egipto, donde la sociedad humana se integraba en el orden cósmico y repetía su modelo. De hecho, Re, el Creador, encabezaba la lista de reyes egipcios.

En Mesopotamia, la realeza se aceptó como institución social, pero el monarca solo fue un mortal imbuido de un peso divino.

La función del faraón era proteger el orden establecido, de la embestida furioso de las fuerzas del caos. Todas sus acciones iban encaminadas a continuar en la tierra la lucha que se sostenía en los Cielos.» [Delgado Linacero, 1996: 149]

Otro aspecto importante era la creencia en el más allá y las prácticas funerarias. Los egipcios realizaron grandes esfuerzos para asegurar la supervivencia del alma después de la muerte, proveyendo tumbas, ajuars, y ofrendas para preservar los cuerpos y espíritus de los fallecidos.

La religión tuvo sus raíces en la prehistoria egipcia y duró más de 3.000 años. Los detalles de la creencia religiosa cambiaron con el tiempo mientras la importancia de dioses particulares ascendía y declinaba, y sus intrincadas relaciones cambiaban.

Varias veces, ciertos dioses se volvieron preeminentes sobre otros, incluyendo el dios del sol Ra, el dios creador Amón, y la diosa madre Isis. Los dioses egipcios tenían interrelaciones complejas, que en parte

reflejaba la interacción de las fuerzas que representaban. Los egipcios a menudo agrupaban dioses para reflejar estas relaciones.

La concepción egipcia del universo se centró en Ma'at, palabra que engloba varios conceptos: "verdad", "justicia", y "orden". Era el orden fijo y eterno del universo, tanto en el cosmos como en la sociedad humana. Existió desde la creación del mundo, y sin él, el mundo perdería su cohesión. El Ma'at estaba bajo constante amenaza de fuerzas del desorden, así que se requería que toda la sociedad lo mantuviera.

En el nivel humano esto significaba que todos los miembros de la sociedad debían cooperar y coexistir; que todas las fuerzas de la naturaleza y los dioses debían continuar funcionando en armonía, meta central en la religión egipcia. Debían mantener al Ma'at en el cosmos al sustentar a los dioses a través de ofrendas y realizando rituales que apartaban al desorden y perpetuaban los ciclos de la naturaleza.

Para los egipcios el faraón encarnaba una fuerza divina y actuaba como intermediario entre la gente de Egipto y los dioses. Era clave para sostener el Ma'at, tanto para mantener justicia y armonía en la sociedad humana como para sostener a los dioses con ritos en los templos.

El faraón estaba asociado con muchas deidades específicas. A su muerte, era deificado. En este estado, era directamente identificado con Ra, y también estaba asociado con Osiris, dios de la muerte y renacimiento y el padre mitológico de Horus.

El profundo significado que alcanzó el toro en Egipto hizo que el faraón fuese equiparado con un toro bravo. Su imagen respondía a la de macho dominante y encarnación de la fertilidad viril como su padre solar, Ra (dios creador y omnipotente). A partir del Imperio Nuevo, Ra se unió a Amón pasando a ser denominado Amón-Ra, Alimento de Vida o Toro de las Cuatro Doncellas.

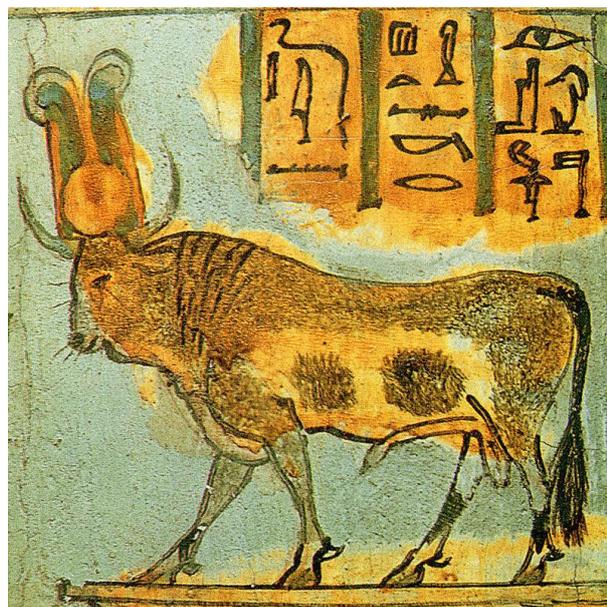
EL TORO APIS

Apis era el toro sagrado en el antiguo Egipto. Desde el Imperio Nuevo se le consideraba el heraldo de Ptah, su Ka, luego de Osiris, y más tarde de Sokar. Por esto último, llegó a considerarse una de los integrantes del panteón de dioses egipcios asociados con la muerte.

Los rasgos originarios más sobresalientes de Apis estaban en relación con la generación. Se le atribuían las crecidas periódicas del río Nilo y era invocado, en especial, por las mujeres deseosas de tener descendencia.

Fue venerado en Menfis, desde épocas de las primeras dinastías, como dios relacionado con la fertilidad de los rebaños, con el Sol y el dios del Nilo. Su culto pasó a Alejandría en la época ptolemaica, siendo muy popular entre griegos y romanos.

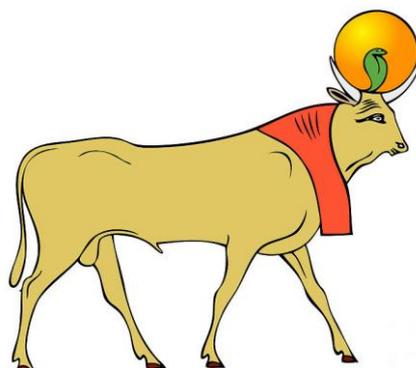
A diferencia de los cultos de la mayoría de las otras deidades de Egipto, la veneración al toro Apis fue adoptada por los griegos, después, por los romanos, perdurando hasta casi el siglo IV.



Apis transportando a una momia.

Apis era un dios solar, dios de la fertilidad, y, más tarde, funerario, miembro de la corte de los dioses del antiguo Egipto.

Era representado como toro u hombre con cabeza de toro, con el disco solar Uraeus en la cabeza, al igual que otros dioses de Egipto, por ejemplo, Ra.



El uræus, o ureus, es una representación de la diosa Uadyet, la "Señora del Cielo", simbolizaba el calor ardiente del Sol, y la llama del fuego. Más adelante el "Ojo de Ra". Simbolizaba la fuerza del crecimiento, la fertilidad del suelo y de las aguas.

EL DIOS-TORO MIN

Min, dios lunar, de la fertilidad y la vegetación, dios de la lluvia, protector de los comerciantes y los mineros, representaba la fuerza generadora de la naturaleza derramada sobre hombres, animales y plantas.

Min era de las deidades egipcias más antiguas, su culto se remonta a la época predinástica; procedía de Coptos, cerca de la ruta caravanera del Uadi Hammamat donde era el protector de los viajeros mercaderes y de los mineros. Min era un dios lunar relacionado con el calendario. Estaba vinculado a la realeza pues aseguraba la abundancia. Se le consideraba hijo de Ra, o de Shu, y Jentit-Iabet era su madre-esposa; formaba pareja con Repit en Atribis, y con Aperetisis en la época griega, siendo su hijo

Kolanthes. También formaba tríada con Kadesh y Reshep. En una estela del museo del Louvre se le cita como hijo de Osiris e Isis.



MIN era en Egipto un dios-toro itifálico, con el pene en erección. Es una deidad muy antigua, cuyo culto se remonta a la época predinástica egipcia y cuyos atributos fueron asimilados posteriormente por Amón-Ra.

Era representado como hombre de piel negra o verde manteniendo el falo erecto, sobre un pedestal, y portando corona de dos largas plumas y flagelo. En algunas ocasiones se representa como un toro negro o un león.

Min era un dios lunar, divinidad de la vegetación y dios de la lluvia. La lechuga era la planta sagrada de Min por sus supuestas propiedades afrodisíacas. Representaba las fuerzas regeneradoras de la naturaleza.

Además de los apelativos, como "Jefe del Cielo", "Abridor de las nubes", "Guardián de los caminos", "Protector de la Luna". Era llamado también "toro de su madre", como fecundador de la diosa-cielo.

Muchos de los atributos de Min fueron recogidos por Amón, a quien también se le representó a veces con el falo erecto, para destacar su potencia fecundadora. Se le asoció a la serpiente Kamutef en Luxor. Como dios de la fertilidad y la vegetación, los griegos lo asociaron con el dios Pan.

El culto a Min fue uno de los más duraderos y extendidos, siendo popular en la totalidad de Egipto en todos los periodos. El último día del mes lunar estaba consagrado al Min y era llamado el día de "La salida de Min". Durante el Imperio Nuevo era muy popular, celebrándose en su honor fiestas orgiásticas el día 28 del mes de Mesore.

Se le ofrecía la primera cosecha de trigo en la "Fiesta de la Escalera". La lechuga, debido a sus presuntas propiedades afrodisíacas, era la planta sagrada de Min, y al principio de la estación de la cosecha, se sacaba su imagen del templo a los campos. Ello formaba la parte central del festival de la salida de Min, durante el cual se bendecían los cultivos y se celebraban juegos gimnásticos en su honor.

«Min se manifestaba a través de un toro blanco y su unión con el faraón tenía lugar en una gran celebración anual que aseguraba la continuidad del linaje real. En su transcurso, el dios asumía la forma de Horus y se le invocaba como el que da órdenes junto a su padre Osiris y como hijo

de Osiris, nacido de la diosa Isis (Imperio Medio). Ese carácter solar de Min le convirtió en un aspecto del propio monarca. Horus reinante, el cual debía asegurar a la sociedad egipcia la abundancia benéfica de la Naturaleza.» [Delgado Linacero, 1996: 152]

Menu o Min, el dios lunar, de la fertilidad, la vegetación y de la lluvia, representaba la fuerza generatriz de la naturaleza. En su templo se elevaba una columna coronada por un par de cuernos. Este toro acompañaba al faraón en las ceremonias de la fiesta de la cosecha – conocida como la salida de Min–, una de las más importantes de Egipto, en el solsticio de verano, durante la cual se hacía una solemne procesión dirigida por el faraón, que iba acompañado de un toro blanco adornado con un disco solar y dos plumas entre sus cuernos, a quien ofrecía una gavilla de trigo, como una forma de hacer patente la fecundidad que el animal representaba.

También era llamado Toro de su Madre o Gran Toro, y uno de sus atributos era el rayo, de ahí que igualmente se le conociese como aquél que desgarrar la nube de la lluvia.

«Min es considerado, ante todo, como un dios-toro; si el epíteto “toro de su madre” (Kamutef) es una alusión clara a las condiciones de primer engendrador de todo lo existente, otros epítetos suyos insisten en la idea de que él es, en cuanto dios-toro, el esposo fecundador en la esfera humana de todos los seres femeninos; en algunas inscripciones del templo de Edfu se llamó “toro joven” o “toro de las mujeres, que produce maravillas en las doncellas cuando ven su fuerza”, y en otra inscripción se le atribuye la paternidad de todo el género humano, “esposo que fecunda a todas las mujeres con su *phallus*”.

En el atributo de “Kamutef”, es decir, “toro de su madre”, el sustantivo toro es sinónimo de esposo o fecundador. El nombre de Min, “toro de su madre”, se relaciona con el de “el que se engendra a sí mismo”, alusión clara desde la más antigua época (textos de las pirámides) a su cualidad de ser primigenio, no engendrado por ninguno y engendrador de sí mismo mediante la fecundación de su madre.» [Álvarez de Miranda, 1962: 146 ss.]

LA FIESTA DE MIN

La fiesta Min era una de las más populares en Egipto. En su origen estuvo dedicada a la siega y más tarde se asoció al culto real. Tenía lugar el primer mes de la recolección estival. Los protagonistas eran el rey, la reina y un toro blanco. El ritual se desarrollaba así:

El rey, acompañado de su esposa y de los funcionarios, se dirige al santuario del dios para hacer una ofrenda propiciatoria. Se forma el cortejo para la procesión: detrás de los portadores de estandartes, marchan personajes portando estatuas de reyes antecesores al actual; sigue la reina, el rey, y un toro blanco; cuatro sacerdotes siguen detrás de la estatua de Min (cada uno de ellos lleva una hoja de lechuga, planta

considerada como afrodisíaca); siguen otros personajes que llevan un símbolo del dios de la regeneración.

El cortejo parte del santuario de Min hacia un altar cercano, sobre el que se deposita la imagen del dios itifálico (con el falo erecto) y en el que se celebra la ceremonia central de la fiesta: el rey se coloca frente a la estatua del dios; junto a él se sitúan el toro blanco y las estatuas de los antepasados.

Un funcionario ofrece al rey un manojo de espelta (escanda: una especie de trigo) y una hoz para preparar un ramo que la reina depositará en tierra delante del altar del dios, tras recitar siete veces: "vuelta al rey".

Se canta un himno que ensalza la fuerza generativa del dios itifálico (himno que quizá era bailado por la reina misma). El rey continúa al lado del toro blanco. El rey da una vuelta en torno al altar, y la fiesta acaba con el acto de soltar cuatro pájaros, que anuncian a los cuatro puntos cardinales la renovación de la soberanía sobre el país.

«H. Frankfort supone que la gavilla era ofrecida al toro como rito propiciatorio y que ese momento era el elegido para la unión sagrada de los monarcas. Alusión a ello era la invocación que un sacerdote hacía al misterio del "kamutef" o "toro de su madre", epíteto que Min ostentaba con más frecuencia que otros dioses y que quería expresar la creación eternamente renovada. El toro aparecía en todo el ritual como símbolo del propio dios. No era un animal sacrificial, sino reserva viviente de su fuerza generativa. Se estima que la reina era heredera de un oscuro personaje femenino que aparecía en las fiestas más antiguas de Min con el nombre de sm'». [Delgado Linacero, 1996: 289]

Dado que la fiesta se celebraba en un día del primer mes de la recolección de la cosecha, se ha interpretado esta ceremonia como un gesto del faraón para alcanzar para el año siguiente el favor de una cosecha igualmente abundante. Se trataría de una fiesta de carácter agrícola.

«A pesar de las adherencias osirianas, innegables, sufridas por Min, esta fiesta no es fundamentalmente un rito agrario, sino un rito que tiende a engendrar nuevamente al rey, y por esta razón le confiere una nueva fuerza creadora y victoriosa. Parece bien fundada la importancia que ya Jacobshon confiera al himno recitado en el momento cumbre de la ceremonia, en el que se dice: "¡Salud a ti, Min, que has fecundado la madre! ¡Cuán misterioso es el gesto que has realizado en la oscuridad!"» [Álvarez de Miranda, 1962: 150]

En este momento Min renueva el misterio de "Kamutef", del "toro de su madre", y el faraón es regenerado y dotado de todo su poder generador. El rito no alude al sacrificio del toro ni se percibe ambiente de sacrificio en toda la ceremonia.

«El Paredros de la diosa de Çatal Hüyük, que aparece en forma de toro entre otras formas, representa la vida como algo pasajero, pero que una y otra vez se regenera. Por lo que regresa periódicamente al seno

materno. Este regreso al seno de la madre tenía probablemente un triple carácter: era muerte, copulación y generación de nueva vida a la vez.

Al consumir el *hieros gamos* con la diosa, moría en el vientre de su madre para, de esta manera, engendrarse a sí mismo. La condición de la vida era la muerte, por lo que su cuerpo en las paredes de los santuarios probablemente ejemplificaba dos cosas: su disposición para concebir y para engendrar. Y la muerte era solamente una fase intermedia de la vida en su proceso de perenne regeneración en el cuerpo oscuro de la madre y de la cueva maternal.

Muchos fondos de ataúd egipcios o el interior de las tapas de los ataúdes están decorados con representaciones de la diosa Nur, dispuesta a concebir, y, a veces, de la diosa Neith. En algunos casos, toda la parte inferior del ataúd se llama *mw.t*, 'madre'.

La diosa toma al hijo muerto en su regazo, en un acto que tiene cuando menos una connotación sexual. Esto a veces está implícito en el hecho de que su hijo muerto y amante se engendra y regenera en su seno, pero no como un ser humano, sino como una estrella.

En algunos textos, a la diosa se la llama "la gran receptora", que nunca da a luz, sino que da al muerto paz y seguridad en sus entrañas. Porque la diosa mantendrá al muerto en su vientre, en el vientre que es el cielo en el que el muerto continuará existiendo como una estrella divinizada.

En un fragmento de papiro se menciona a Nut como una diosa de la cueva, más concretamente como una diosa cuyo regazo es una cueva en la que el sol se rejuvenece todas las noches. Como una diosa la cueva figura también a menudo Hathor, cuyo templo en la roca parece que eran originalmente cuevas naturales.

Así es representada con frecuencia saliendo de las montañas como una vaca, con el disco solar entre los cuernos, o, como la Señora del oeste, que toma el sol de la tarde en sus brazos para volver a darlo a luz a la mañana siguiente.

Como encarnación de la diosa del cielo, la reina egipcia, con su esposo y su "hijo", el faraón, realizaba la unión sexual (*hieros gamos*) para rejuvenecerlo y fortalecerlo, así como la vaca celestial toma al dios sol en su vulva, para volver a darlo a luz.

Como la diosa Hathor, Neith parece haber sido también una diosa de la sexualidad y el erotismo y se escribía su nombre con las flechas cruzadas. Este signo se refiere a la naturaleza original de la diosa.

Hay muchos indicios de que la diosa de la caza era originalmente una Señora de los animales, que como la "gran vaca salvaje" probablemente protegía y regeneraba los animales de caza del desierto oriental y con la que quizás los cazadores prehistóricos solían tener relaciones sexuales.

Parece que Min, originariamente, era el cazador, quien probablemente llegó al Valle del Nilo, pues durante mucho tiempo usó el traje de caza y el alto plumaje de avestruz típico de los cazadores de la estepa.

¿Era él un dios de la tormenta y del clima, el "señor de las montañas", el toro celeste, que fecundaba la tierra con rayos y lluvia? ¿Significa esto que existía una diosa de la tierra en el antiguo Egipto, en contra de la opinión de los expertos, la madre de la flora y de la fauna, que en una unión sexual (*hieros gamos*) con el dios del cielo quedó embarazada?

Min, identificado con Horus en los primeros tiempos dinásticos, era el "toro de su madre", el Kamutef por excelencia, un toro salvaje itifálico [que tiene el falo erecto], un "señor de las muchachas", que "roba a las mujeres". Kamutef dormía con su madre para renovar su ser, la "fuerza del toro". Para manifestarse nuevamente en cada generación, el Kamutef tenía que regenerarse en las entrañas de su madre.

En los textos de las pirámides, a Osiris se le suele llamar "el gran toro salvaje", "el guía del ganado salvaje" o "toro blanco". En épocas prehistóricas, el toro de la tormenta eyaculaba la lluvia sobre la tierra y, en épocas posteriores, las inundaciones del Nilo equiparadas al semen eyaculado por un toro o un hombre con cabeza de toro.

Del dios toro Apis se decía que "inundaba" los campos, y para promover la fertilidad, el toro Apis era paseado por el territorio. Ante él, las mujeres levantaban sus faldas para excitarlo y para que así fertilizara a los humanos, los animales y la vegetación.

Cada año, Isis-Sopdet tomaba el rígido miembro viril de Osiris y lo introducía en su vulva para que las inundaciones y el limo del Nilo fertilizar la tierra.» [Duerr, 1984: 113 ss.]

EL HEB-SED O JUBILEO DEL PODER REAL



El rey, sentado primero sobre el trono del Alto Egipto y después sobre el del Bajo Egipto, recibía el homenaje y los regalos de las provincias.

El Heb Sed era un ritual de jubileo llevado a cabo por los faraones desde el período Predinástico, relacionado con el dios Sed (deidad representada como chacal o lobo).

El Heb Sed, Fiesta Sed o Fiesta de renovación real, fue posiblemente la más importante celebración de los soberanos del antiguo Egipto. El propósito de esta festividad parece haber sido la renovación de la fuerza física y la energía sobrenatural del faraón.

Se trataba de rituales de regeneración que tenían como objetivo renovar el poder del monarca y regenerar su gobierno sobre las Dos Tierras, insuflándole de nuevas energías para gobernar.

El festival de Sed o jubileo del poder real, solía celebrarse treinta años después de la subida al trono del soberano, pero muchos reyes lo celebraron repetidamente y a intervalos más cortos.

«La sacralidad del toro como fuente de fertilidad se convirtió en la encarnación de la virilidad deseada por hombres y dioses. Tanto los atributos taurinos de que hacían gala los monarcas y divinidades, como la elección de este animal por símbolo y mensajero celeste, se encaminaban a hacer realidad ese deseo.

La conservación de ese don implicaba juventud y plenitud de facultades: su pérdida suponía el abandono del poder supremo. Los relatos mitológicos explican cómo dioses, pertenecientes a diversas generaciones, se derrocaban del poder unos a otros por el sistema de la castración viril. La mutilación genésica equivalía a la pérdida de la autoridad.

No es extraño que el evitar su declive fuese una de las grandes preocupaciones de los monarcas reinantes, teniendo en cuenta que ello suponía, además, la decadencia de todo el país.

Como ocurría con los dioses, los epítetos taurinos que les ensalzaban eran exponente público de la excelente conservación de sus facultades físicas. Contaban para ello con la ayuda divina transmitida a través de ciertas ceremonias de renovación, cuya meta era restaurar sus fuerzas, asegurar la estabilidad del reinado y la fecundidad en sus dominios.»
[Delgado Linacero, 1996:284 ss.]

La manera en la que se realizaba el festival cambió con el tiempo y probablemente, también lo hizo su significado, pero dos elementos caracterizaron siempre este ritual: El rey aparece ataviado con ropajes distintivos y sentado en un estrado doble, que representaría el gobierno sobre las Dos Tierras (el Alto y el Bajo Egipto); el rey corre entre dos piedras fijas para reivindicar sus derechos sobre el campo.

Este recorrido simbólico sobre un espacio imaginario representaba las dos Tierras o dos países de Egipto.

El rey, despojado de sus vestiduras e insignias reales, corría ataviado con un corto faldellín del que colgaba una cola de toro. Tras esta carrera, el

soberano era investido de nuevo con sus poderes de gobierno y renovado en su cargo.

La ceremonia terminaba con el lanzamiento de una flecha en dirección a cada uno de los puntos cardinales.

Este ritual se remonta a la época predinástica, cuando los soberanos reinaban solo mientras duraba su plenitud, es decir, unos treinta años.

Transcurrido este tiempo, eran sacrificados para que su vitalidad pasase a su sucesor, el Horus viviente.

Más tarde, ese sacrificio fue transferido a ciertos animales sagrados que representaban a dioses unidos a la realeza.

La participación de los monarcas en los ágapes preparados con las carnes del animal sacrificado renovaba su naturaleza divina y le permitía continuar reinando.

EL TORO EN MESOPOTAMIA – ASIA ANTERIOR

En Mesopotamia, el dios toro se convirtió en hijo del dios sideral Shamash y es portador del rayo, uno de los atributos de los dioses celestes. A la gran diosa suprema acadia Ishtar se la denomina "Vaca".



Ishtar/Inanna

Diosa del amor y la guerra, la belleza y la fertilidad, además relacionada con la sexualidad.



Anu, el Dios del cielo, el padre de los dioses y el fundador de la dinastía divina. Atributos: un cetro, una diadema, el tocado y un báculo; asimismo las estrellas del firmamento eran señaladas como su ejército.

En Mesopotamia, la realeza era un regalo de los dioses a la sociedad y que se conservaba hasta entonces en el Cielo, bajo la vigilancia de Anu, divinidad sumeria que se remonta hasta el IV milenio a.C. que detentaba los atributos reales. Su liderazgo lo compartía con su hijo Enlil que se encarnaba como viento tormentoso.

Estos dioses más bien, eran los consejeros de los reyes. Los soberanos actuaban tras escudriñar detenidamente las directrices de la voluntad de los dioses, voluntad que era a la vez destructiva y beneficiosa al mismo tiempo.

Los apelativos de los dioses manifestaban claramente esta dualidad. Por ejemplo, Enlil era el señor de los países, rey del país, señor del cielo y tierra (actuaciones que beneficiaban a los hombres) caracteres opuestos a su identificación con el toro que hace temblar cielo y tierra, el que ataca, dios del cuerno. Anu también era identificado con un toro salvaje.

«Anu cedió ante los requerimientos de su hija Innana para castigar el desaire amoroso de Gilgamesh. En respuesta envió al terrible Toro Celeste, el cual no solo arremetió contra el héroe, sino que arrasó cuanto encontró a su paso. Los desmanes del Toro Celeste fueron comparables a los cometidos por Enlil contra la ciudad de Uruk. Los caracteres taurinos de Enlil se transmitieron a su hijo, el dios lugar sumerio Nanna, evocado como poderoso toro joven de robustos cuernos, poderoso toro joven del cielo, toro feroz de gruesos cuernos, etc. Bel, continuador asirio de Anu y Enlil, recibió igualmente la denominación de "toro divino" y "el bovino", así como las de "señor de los países, señor de los reyes", etc.

Marduk, hijo de Enki, divinidad del océano y de la sabiduría, y de la diosa Damkina, adquirió gran popularidad. Marduk se presentaba como Creador. Era fuerte y luchador como un joven toro del día cuyo rugido resuena sobre la tierra. El propio nombre de Marduk era escrito por los sacerdotes babilonios con los ideogramas Amar y Ud, 'tenero del sol'. Esta alusión solar se confirma exaltando al dios como "hijo del Sol". El astro era venerado también bajo rasgos taurinos, comunicados a Marduk al ser ensalzado como tal. Entre las denominaciones, otorgadas a Marduk, era notoria la de Addu, deidad asociada al toro. Correspondía al "dios del tiempo", conocido también como Adad. Enarbolaba un rayo y un hacha o una maza, mientras surcaba los cielos cabalgando en pie sobre un toro. Era el señor de los fenómenos naturales, dueño de la fertilidad y autor del progreso y bienestar de la nación. Se le imaginaba como un uro cuyo mugido atronaba los espacios celestes. Era el "joven toro vigoroso, el uro cornudo, el gran uro de los cielos y la tierra".» [Delgado Linacero, 1996: 155 s.]

En el mundo religioso asirio-babilonio se encuentra muy extendida la concepción del toro como un ser robusto y corpulento dotado de un impresionante mugido. El tambor sagrado, construido con la piel de un toro, reproducía la voz del dios Enlil mugiente.

«El "rugido de las cuevas" es causado por el hecho de que, durante una tormenta o el deshielo, sube el nivel del agua en la cueva y sale a presión por la entrada haciendo un fuerte ruido que se oye como si fuera el rugido de un monstruo, generalmente un dragón. Es por lo que algunas cuevas en Alemania o Austria llevan en el nombre la palabra

“rugidor”. En la antigua Mesopotamia, la montaña era considerada el cuerpo de un toro, y cuando los gases naturales eran expulsados a presión de las cuevas y grietas de los montes Zagros, se decía que el toro ctónico había rugido.» [Duerr, 1984: 385, n. 16]

Las excavaciones entre el Tigris y el Éufrates ofrecen con frecuencia representaciones del corpulento *bos primigenius*, generalmente carentes de alusiones sexuales. Las antiquísimas estatuas de toros tienen función de protectores benéficos del hogar.

«El culto babilónico al dios-sol es una prueba de la adscripción del toro al mundo celeste, semejante a la acaecida en Egipto. Este aspecto del toro como portador del rayo, muestra al potente animal como elemento de la simbología del dios de la tempestad, Abad.

Junto a la idea del toro como heraldo de la divinidad celeste, extendida desde Mesopotamia y Anatolia hasta Asia y Palestina, parece que se conserva algún rescoldo local en el que la figura del toro se orientó hacia la dirección de la fertilidad y de la generación; o, más exactamente, se estabilizó en sí mismo, ya que las ideas de fecundidad tienen en el mundo asiático la tendencia a ser sustituidas, en cuanto a los atributos de los dioses, por el elemento astral.» [Álvarez de Miranda, 1962: 162 ss.]

La transformación del toro poderoso en el pastor que cuida a su rebaño:

«El ejercicio divino y real adquirió facetas más suaves al desempeñar su labor directiva. Fórmulas pastoriles sirvieron, de nuevo, para describir con un lenguaje figurativo la tutela de dioses y monarcas. El terrible toro poderoso que se imponía por su fuerza y bravura, se transformó en el pastor que cuidaba y conducía a su grey con su justicia y sabiduría, defendiéndole de las acechanzas del enemigo. Incluso los crueles monarcas asirios llevaban el nombre de “pastor de los grandes pueblos”. El mismo apelativo fue aplicado al faraón en Egipto. Los patriarcas hebreos no solo ejercieron de pastores de su pueblo, sino que lo fueron realmente. También en la Grecia micénica, los reyes homéricos fueron conocidos como “pastores de hombres” y, en la península Ibérica, el mítico Gerión de Tartesos y el caudillo lusitano Viriato trabajaron en el oficio de pastor, tal vez como preludeo de su misión de jefatura. [...]

La figura del pastor, tan familiar en todas estas culturas, fue adquiriendo personalidad propia. Fue exaltado al rango divino o, en su lugar, a roles de vital importancia en las narraciones mitológicas. Fueron notables los dioses cuya profesión concreta era la de pastor y los pastores a cuyo cuidado se encomendaba la educación de personajes divinos o de origen real. Uno de ellos fue Dumuzi, pastor sumerio elevado a la divinidad por su matrimonio con Inanna, diosa tutelar de Uruk. Los acadios le llamaron Tummuz. Dumuzi o Tummuz fue adoptando paulatinamente el papel de dios de la vegetación que se hacía presente y desaparecía con la periodicidad del ciclo vegetal. Entre

los griegos, Hermes y Apolo fueron famosos pastores.» [Delgado Linacero, 1996: 166 ss.]

Las diosas asiáticas:

«Cada año, el Isis-Sopdet tomaba el rígido miembro viril de Osiris y lo introducía en su vulva para que las inundaciones y el limo del Nilo pudiera fertilizar la tierra.

Del mismo modo, Enki, el dios del agua de Mesopotamia, eyaculaba en el fructífero río: "Orgullosamente se puso de pie como un toro desatado, levantó su pene y derrama su semen, llenando el Tigris de agua espumosa. El Tigris se entrega a él como a un toro desenfrenado".

Cuando Inanna le dice a su "toro salvaje" Dumuzi: "ara mi vulva", y cuando el "agua de su corazón" rocía su seno, ella es algo así como la tierra de cultivo fertilizada por el arador. Así Dumuzi, como el originario egipcio Kamutef, representa la fertilidad de los campos, una fertilidad que tuvo que regenerarse en el seno de la diosa, después de que el sol abrasador del largo verano de Mesopotamia hubiera secado la tierra, un período de tiempo en el que el dios, según el mito, se encontraba recluido en el inframundo.

El viejo dios de la vegetación hitita Taru desaparecía en otoño, después de la recogida de la cosecha, y se refugiaba en una cueva de la montaña por la que accedía al inframundo de los nuevos mares y de los nuevos ríos, en cuyas orillas se recreaba con su paredra la prostituta Teschimi, para volver en primavera fortalecido como dios de la tormenta, como toro salvaje, cuyos bramidos se podían oír en forma de truenos. Esta prostituta hitita era seguro una diosa prehitita, cuyo paredros era el dios toro que encarnaba la fertilidad. Los rasgos más manifiestos de esta vieja diosa eran los de la diosa de los leopardos Inar(a), una Señora de los animales preindoeuropea.

Si pensamos en la Gran Diosa de Çatal Hüyük y Hacilar, con su aspecto de leopardo, cuyo paredros probablemente regresaba periódicamente a sus entrañas para ser regenerado, es evidente que la diosa de los leopardos Inar(a) es la sucesora de la madre neolítica de la vida y que el dios toro Taru (griego ταύρος, tauros) es el lejano descendiente del hombre toro de Çatal Hüyük. Estas diosas asiáticas con aspecto de leopardas o leonas (Inanna, Istar, Inara, la griega Cibele, la egipcia Maftet, la induista Durga, etc.) era la expresión de su indomable fiereza. Son seres divinos que no están sometidas a ningún ser masculino y representan la sexualidad desenfrenada.

De la diosa fenicia Anat se decía que es "apasionada" y que con sus manos despedazaba a su paredros, el dios de la vegetación Baal. ¿Qué significa que Anat mata a su hermano y amante, el dios toro Baal? Anat es la vida perenne, en cierto sentido es la *natura naturans*, mientras que Baal es la *natura naturata*, la vegetación precedera, pero que se regenera una y otra vez.

Y parece que el hecho de que este dios toro sea despedazado significa originariamente la muerte de la vida, la desaparición de la vegetación en el seno de la tierra materna. Baal desciende al inframundo, en el que "experimenta la nada", pero la muerte es solo la condición de la regeneración de la vida.» [Duerr, 1984: 128 ss.]

UGARIT

Ugarit (actual Ras Shamra) fue una antigua ciudad portuaria, situada en la costa mediterránea al norte de Siria, en la región asiática conocida como Levante. Su período de esplendor se extendió entre el 1450 a. C. y el 1180 a. C., aunque la ciudad surgió en el Neolítico. Era un pueblo semita noroccidental, emparentado lingüística y religiosamente con los cananeos ubicados más al sur.

Ugarit tenía un panteón politeísta, a la cabeza del cual estaba el dios El, los mismo que en Harrán o Canaan. Los principales dioses fueron: Asherah, la Ashartu mesopotámica; Baal el dios de la lluvia, el trueno y la fertilidad; Yam, dios del caos y las tempestades, o Yaw, dios del mar; posiblemente el posterior Yahveh hebreo; Mot, dios de la muerte; Hadad, rey del cielo. Estos dioses eran los Elohim, pues eran la corte del dios principal, El. Esta corte era conocida como 'Ihm. Entre los palacios religiosos se destaca uno dedicado al ya citado dios Baal, y otro a Dagón, el espíritu ctónico del inframundo local principal.

El, divinidad ociosa como Brahma en el hinduismo o Dios Padre en el catolicismo, estaba demasiado alejado de los problemas cotidianos del pueblo como para ser objeto de culto frecuente. Alejado de los humanos en su paraíso, El era el padre del tiempo y el progenitor de la estirpe humana. Su figura se asociaba a la imagen del toro. Su consorte era Asherá, divinidad solar femenina.

ISRAEL Y EL BECERRO DE ORO

En Israel, donde domina el monoteísmo religioso, pero con una economía básicamente pastoril, aparece en ciertos momentos el culto al toro, como en el episodio del becerro de oro que hizo fundir Aarón con las joyas de los hijos de Israel, en ausencia de Moisés que se encontraba en el monte Sinaí. Al bajar del monte, Moisés aplacó la ira de Yahvé destruyendo el becerro de oro.

«El pueblo, viendo que Moisés tardaba en bajar de la montaña, se reunió en torno de Aarón y dijo: "Nada, haznos un dios que vaya delante de nosotros. Porque ese Moisés, ese hombre que nos ha sacado de Egipto, no sabemos qué ha sido de él."

Aarón les dijo: "Tomad los arillos de oro que tengan en sus orejas vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestras hijas, y traédmelos. Todos se quitaron los arillos de oro que llevaban en las orejas y se los trajeron a Aarón. El los recibió de sus manos, hizo un molde, y en él un becerro

fundido, y ellos dijeron: "Israel, ahí tienes a tu dios, el que te ha sacado de la tierra de Egipto." Al ver eso Aarón, alzó un altar ante la imagen y clamó: "Mañana habrá fiesta en honor de Yahvé." Al día siguiente, levantándose de mañana, ofrecieron holocaustos y sacrificios eucarísticos, y el pueblo se sentó luego a comer y a beber, y se levantaron después para danzar.

Yahvé dijo entonces a Moisés: "Ve, baja, que tu pueblo, el que tú has sacado de la tierra de Egipto, ha prevaricado. Bien pronto se han desviado del camino que les prescribí. Se han hecho un becerro fundido y se han prosternado ante él, diciendo: Israel, ahí tienes a tu dios, el que te ha sacado de la tierra de Egipto."

Yahvé dijo a Moisés: "Ya veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Déjame, pues, que se desfogue contra ellos mi cólera y los consuma. Yo te haré a ti una gran nación."

Moisés imploró a Yahvé, su Dios, y le dijo: "¿Por qué, ioh Yahvé!, vas a desfogar tu cólera contra tu pueblo, que sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y brazo fuerte? Y se arrepintió Yahvé del mal que había dicho haría a su pueblo.

Volvióse Moisés y bajó de la montaña, llevando en sus manos las dos tablas del testimonio, que estaban escritas de ambos lados, por una y por otra cara. Cuando estuvo cerca del campamento, vio el becerro y las danzas y, encendido en cólera, tiró las tablas y las rompió al pie de la montaña. Tomó el becerro que habían hecho y lo quemó, desmenuzándolo hasta reducirlo a polvo, que mezcló con agua, haciéndosela beber a los hijos de Israel». (Ex, 32)

Según la Biblia de Jerusalén, "este toro no es imagen de Yahvé. Es la peana de la divinidad invisible". Interpretación con la que algunos autores no están de acuerdo, ya que el pueblo lo que pedía a Aarón era una divinidad tangible y observable y no un dios invisible y etéreo como Yahvé.

El castigo de Yahvé por este acto de idolatría fue terrible:

"Así dice Yahvé, dios de Israel: Cíñase cada uno su espada al costado; pasad y repasad por el campamento de puerta en puerta y matad cada uno a su hermano, a su amigo, a su pariente".

El carácter religioso-simbólico de los astados forma parte del acervo cultural de casi todos los pueblos del antiguo Oriente Medio, desde Egipto hasta Mesopotamia. La vaca tuvo gran importancia en la teología egipcia, como reflejo del arcaico monoteísmo de los pastores nómadas. En Sumer, Akkad y Babilonia el toro simbolizaba a los dioses más poderosos, y en la propia Palestina era asociado a Baal.

En el yacimiento de Timma, en la región de Madián (porción oriental de la Península de Sinaí), se han encontrado huellas de la adoración a la diosa egipcia Athor, la vaca sagrada. Lo que explicaría el culto a un becerro en el desierto del Sinaí.

El relato del becerro podría una reminiscencia de cultos de influjo egipcio por parte de los pueblos nómadas del Sinaí. Yahvé podría convivir con formas de idolatría a dioses totémicos como los becerros, de influencia probablemente egipcia. Incluso podría indicar que el propio Yahvé era en ocasiones representado como un vacuno.

«El valor mágico-religioso de los becerros en la religión hebraica se deduce también de muchos otros pasajes bíblicos. El libro del Levítico destaca su importancia como animal votivo, en tanto el de los Números menciona su valor terapéutico, atribuyendo a las cenizas del becerro poderes curativos mágicos para limpiar ceremonialmente a los leprosos.

En Ezequiel e Isaías, así como después en Juan el Bautista, el becerro forma parte de las visiones proféticas.

El becerro se convirtió con Jeroboán en el objeto de idolatría principal en el reino norteño de Israel durante la etapa de las monarquías. En él la arqueología ha revelado la presencia de representaciones de Yahvé bajo la figura de un vacuno.

En resumidas cuentas: Hay abultadísima evidencia de la asociación de Yahvé con la figura de una res. La asociación de la deidad con una figura bovina, y particularmente el toro, es especialmente recurrente en el caso de los dioses de la tormenta, como Yahvé. Así, el gran Dios Padre Indoeuropeo (llámese Zeus, Min, Indra, Thor) que es amo y señor del trueno, es simbólicamente representado como un toro.

Otro tanto sucede con los dioses semíticos de la tormenta, como Hadad o Baal. “El toro y el rayo”- explica Eliade- fueron desde muy pronto los símbolos conjugados de las divinidades atmosféricas, el mugido del toro se asimiló en las culturas arcaicas al huracán y al trueno”». [Echánove, 2008: 197-199]

Salomón ordenó decorar el templo de Jerusalén (cuya forma le fue supuestamente revelada por Yahvé) con imágenes de leones, bueyes y querubines. Los bueyes y toros eran animales sagrados en todo el Oriente Medio. “Es más que presumible que el toro no fuera sino la representación del propio Yahvé.” (l.c.)

Curiosamente, estas cuatro figuras (hombre, toro, águila y león) representarán después en la iconografía cristiana a los cuatro evangelistas.

El ‘pecado’ de Jeroboán

Al rey David (1010-971 a.C.) le sucedió Salomón (971-931 a.C.). Tras la muerte de Salomón se produce la división del imperio salomónico en dos reinos: el de Israel al norte, formado por diez tribus y una extensión de 24.300 kilómetros cuadrados, y el de Judá al sur, formado por dos tribus, Judá y Benjamín, con una extensión de 8.800 kilómetros cuadrados.

Sobre el reino del norte reinarán diecinueve reyes, representantes de diversas dinastías. Su capital al principio fue Siquem y luego Tirsa, hasta que Omri escogió a Samaria.

El reino del sur fue leal a la casa de David, siendo gobernado por veintiún reyes, todos de la dinastía de David, menos el intervalo de Atalía. La mayor parte de las ciudades más importantes del imperio de Salomón quedaron dentro del reino de Israel.

El paupérrimo reino de Judá reunía básicamente pequeñas aldeas y grupos seminómadas. Pero la ciudad de Jerusalén permaneció dentro de las fronteras de Judá y seguía siendo la capital del reino unificado con David y Salomón, con su templo a Yahvé. Por tanto, era allí donde todos los hebreos debían acudir a rendir sus sacrificios en la Pascua y otras fiestas.

Las diez tribus del reino de Israel quedaron bajo el mando de Jeroboam, primer monarca del nuevo reino de Israel (928-907 a.C.), quien para fortalecer su reino creó en el territorio del reino de Israel centros de culto alternativos a Jerusalén para romper todo vínculo religioso con Jerusalén y no depender del reino sureño a la hora de adorar a Yahvé. Con ello evitaba la peregrinación de los habitantes de Israel a Jerusalén.

La Biblia explica cómo Jeroboán ordenó adorar dos becerros de oro:

«Jeroboam edificó Siquem, en la montaña de Efraím, y residió allí; salió después y edificó Penuel.' Jeroboam se dijo en su corazón: "El reino podría muy bien volver otra vez a la casa de David. Si este pueblo sube a Jerusalén para hacer sus sacrificios en la casa de Yahvé, el corazón del pueblo se volverá a su señor, Roboam, rey de Judá, y me matarán a mí."

Después de pensarlo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: "Bastante tiempo habéis subido a Jerusalén; ahí tienes a tu dios, Israel, el que te sacó de la tierra de Egipto." Hizo poner uno de los becerros en Betel y otro en Dan;' y esto indujo al pecado, pues iba el pueblo hasta Dan para adorar.

Edificó también Jeroboam lugares excelsos e hizo sacerdotes a gentes del pueblo que no eran de los hijos de Leví. Instituyó Jeroboam una solemnidad en el mes octavo, el quince del mes, conforme a las de Judá, y sacrificó sobre el altar. Así puso también en Betel sacerdotes en los altos que había construido, para que sacrificasen a los becerros que había hecho; y subió al altar que se había hecho en Betel el día quince del octavo mes, que él a su voluntad eligió. Instituyó una fiesta para los hijos de Israel y subió al altar para sacrificar.» (1Reyes, 12, 25-33)

Esto significa que tras el reinado de Salomón Jerusalén dejó de ser la ciudad santa para una gran mayoría de hebreos. El monopolio de santidad de Jerusalén desapareció por completo, al quedar reducido el ámbito de influencia de su Templo al reino de Judá.

El objetivo no era suplantar a Yahvé con la adoración del algún nuevo dios. Se trataba de seguir adorando a la misma deidad, pero representada bajo una efigie vacuna. La adoración a Yahvé en forma de becerro en Dan y Betel durante la etapa monárquica recuerda sin duda a la idolatría también bovina de Aarón durante el éxodo por el desierto.

El becerro de oro es una forma de culto representativo de Yahvé. El toro como símbolo de virilidad se ha relacionado con El y con Yahvé. Posiblemente no era una imagen del dios sino su pedestal. El toro era el símbolo del dios lunar Nanna Sin, de Marduk, de Osiris y de Thot. Los profetas reaccionaron con violencia ante este "signo de idolatría".

«El becerro de oro, al que adoraron los israelitas en el Sinaí (*Ex.* 32, 1-35) no parece ser un ídolo análogo al buey Apis, encarnación del dios solar de los egipcios, pues las fiestas y los sacrificios citados en el texto bíblico son en honor a Yahvé. Jeroboán, después del cisma de las diez tribus del reino del norte, utiliza también la imagen del becerro de oro (*1Re* 12.26.33; *2Re* 17.16; *2Cro* 11.15).

Jeroboán, para evitar que el pueblo acudiese a Jerusalén, anima a sus súbditos a adorar a dos becerros de oro, uno en Betel, lugar sagrado, consagrado a Abraham y Jacob (*Gn* 12.8; 28.16-19) en honor de Jahvé, y el segundo en Dan. A través de estas estatuas se adoraba probablemente al dios verdadero. Estos ejemplos son muy ilustrativos para el verdadero significado del toro en la antigua Península Ibérica.

No se venera a un dios toro, sino a un símbolo de una deidad astral, la luna, en las estelas, y posiblemente entre los iberos vettones y demás pueblos que esculpían verracos o toros.» [Blázquez Martínez, 1999: 122 ss.]

«La adoración al toro como símbolo totémico era, sí, muy frecuente entre los egipcios y los mesopotámicos. ¿Cabría ver en la asimilación de Yahvé con el ganado vacuno una reminiscencia de origen egipcio? Tal vez. No hay que olvidar que los nómadas del Sinaí entre los cuales surgió el culto al dios Yahvé en un origen (llamémosles shashu o llamémosles madianitas) residían en la zona de tráfico comercial de Egipto con Asia, y, por tanto, aunque no sometidos al reino faraónico, ciertamente sentían su dominio. La presencia en el Sinaí de las minas de Timma, bajo control egipcio, son una evidencia cierta de ello.

No obstante, un eventual elemento mesopotámico tampoco es descartable, dada la importancia central de la figura del toro en la iconografía sumeria y acadia. Dado el vínculo arcaico de la tradición elohística con tal zona, bien podría pensarse, así mismo, en un origen de este tipo.

El hecho de que los templos edificadas a Yahvé en Israel fueran dos (Dan y Betel) en lugar de uno sólo y que se representara a Yahvé en ellos mediante la imagen de un becerro está en abierta contradicción con dos principios básicos de las leyes del judaísmo establecidas en el Pentateuco:

Yahvé no debía ser adorado más que exclusivamente en un solo lugar: aquel dónde se encontraba depositada el arca de la alianza, es decir, Jerusalén.

Yahvé no era omnipresente, vivía en un lugar concreto, y ese lugar concreto era su casa sagrada en Jerusalén. Finalmente, a Yahvé no se le podía representar mediante imágenes.

Tal vez el cisma de Jeroboán había tenido mayores implicaciones teológicas: Jeroboán en realidad lo que estaba haciendo era restituir el culto a Elohim, en lugar de a Yahvé. Lo que significa que la identificación entre Yahvé y Elohim (durante la etapa de la ocupación de Canaan y establecida a partir de la monarquía unificada, con Saúl, David y Salomón) todavía ofrecería bastantes fisuras, de modo que Jeroboán, cuando levantó los templos de Betel y Dan, se decidió por dar la espalda a Yahvé y volverse de nuevo a El-Elohim (e "Israel" significa, precisamente, "el guerrero de El").

Siempre fueron las tribus del sur las más ligadas a la adoración a Yahvé, lo cual explicaría que fueran estas las que, en Judá (palabra, como sabemos, derivada de "Yahvé"), permanecieron más fieles a este Dios, en tanto las del norte volvían sus ojos a Elohim, desarticulándose con ello la identificación de ambos dioses ocurrida en la etapa de la monarquía unificada». [Echánove, 2008: 242]

La propia Biblia reconoce que el culto por parte del pueblo hebreo a otros dioses distintos a Yahvé no era sólo un asunto propio de los reyes de Judá e Israel o del culto oficial en los templos de Jerusalén en Judá y de Dan y Betel en Israel.

Los libros del Pentateuco relativos a Moisés, que relatan la historia inmediatamente anterior a la llegada a Canaan, reconocen lo que los hallazgos arqueológicos confirman: los altares a Baal no desaparecieron del reino de Judá hasta la época del rey Ezequías (inicios del siglo VII a.C.), más doscientos años después de la unificación del reino unificado de David.

«En el actual territorio de Israel y de Cisjordania se han encontrado estatuillas religiosas correspondientes al período comprendido entre el 1200 y el 700 a.C., la etapa en la cual los hebreos ya se encontraban asentados en la región y constituyeron sus reinos.

La marcada diferencia entre las figuras religiosas y las correspondientes al período anterior a la llegada de los hebreos muestra que al menos una parte del politeísmo que estas imágenes religiosas evidencian no era un simple rasgo de la permanencia del politeísmo cananeo, sino más bien la importación de un nuevo politeísmo, propiamente hebreo.

Una gran parte de estas imágenes, sobre todo las del período del 1200 al 900 a.C., representan preferentemente a animales, y principalmente a un toro. Existen muchas relaciones entre el culto a Yahvé y la adoración a los vacunos». [l. c.]

Los "cuernos" de Moisés



El Moisés de Miguel Ángel (1513-1515).

En la escultura del Moisés de Miguel Ángel Buonarroti se representa a un Moisés cornudo porque, según una opinión muy extendida, san Jerónimo se equivocó al traducir la Biblia y confundió el verbo hebreo que significa 'irradiar luz' por el sustantivo griego que significa 'cuernos'.

En 2004, Ian Caldwell y Dustin Thomason, en su obra *El enigma del cuatro*, exponían la idea de que, en su Moisés, Miguel Ángel representa a un Moisés con cuernos en su cabeza porque san Jerónimo se equivocó al traducir el pasaje del Éxodo 34:29-35, en el que se dice que Moisés tenía *karan ohr panav* ('un rostro del que emanaban rayos de luz'), lo que San Jerónimo en la Vulgata tradujo por *cornuta esset facies sua* ('su rostro era cornudo').

El error de la traducción sería debido a la confusión del verbo hebreo que significa 'irradiar luz' por el sustantivo griego que significa 'cuernos'. La palabra «karan» en hebreo puede significar 'rayo' o 'cuerno'.

María Barbero considera que la idea del error de traducción de san Jerónimo en este caso es falsa y aduce las siguientes razones:

«En el proceso de traducción de la Vulgata, san Jerónimo tenía a su disposición tanto los textos hebreos como el texto griego (concretamente, la Septuaginta). Sabemos que san Jerónimo dominaba el griego, mientras que sus conocimientos del hebreo eran más rudimentarios.



En el siglo XVII, José de Ribera (

1591-1652) ya pinta a un Moisés sin cuernos. En lugar de estos, lleva unos rayos de luz que lo glorifican.

En el Éxodo (34, 29) de la versión septuaginta se menciona a Moisés bajando del Sinaí. El verbo que se utiliza en griego es *dedocastai* (algo así como «glorificar»), en el sentido de que el rostro de Moisés estaba «resplandeciente», «henchido de divinidad» o cosa semejante.

Sin embargo, al llegar a ese versículo, los postulantes del error de traducción afirman que san Jerónimo deja la versión griega y toma la hebrea; se encuentra con el verbo hebreo *qaran* y, en lugar de darle el significado original hebreo de 'irradiar luz', que sería el adecuado a este contexto, se decide por darle el significado que ese mismo verbo tiene en Salmos, 69, 31 («Y agrada a Jehová más que sacrificio de buey, o becerro que tiene cuernos y pezuñas», en la Reina Valera), y a continuación, en latín, escribe «Quod cornuta esset facies sua», que literalmente significaría 'que su rostro estaba cornudo'.

Pero quedarse con esta explicación resulta, a mi entender, bastante arriesgado. San Jerónimo es un traductor muy culto que tiene a su disposición el texto griego, en el que para *qaran* aparece *dodicastai*, que significa 'glorificado' y que no tiene nada que ver con cuernos.

Suponer que Jerónimo leyó *qaran* en hebreo y asumió precipitada y erróneamente que significaba lo mismo que el *keras* griego es dar un salto demasiado apresurado, teniendo en cuenta que *keras* no aparece en ese capítulo del Éxodo en la Septuaginta, y que en la II Epístola a los Corintios (3, 7), también traducida por Jerónimo, san Pablo se refiere a que el rostro de Moisés en Éxodo 34, 29, resplandece como algo glorioso.

En la Antigüedad clásica, la representación de un personaje con un tocado de cuernos de carnero era símbolo de autoridad, por influencia egipcia (el dios Amón Ra), transmitida luego a la cultura romana.

Un Moisés cornudo como imagen de autoridad también aparece en una medalla descrita en *De iure naturali & gentium, iuxta disciplinam ebræorum* (Johannis Seldeni, 1640).



Medalla judía en la que se representa a Moisés dotado de cuernos.

Si leemos en algo más de profundidad la obra de san Jerónimo, resulta que en su comentario al *Libro de Amón*, Jerónimo explicó que la voz *cornuta* era una referencia metafórica a la glorificación; en los comentarios a los libros de Isaías y Ezequiel, y también en el *Diálogo contra los Pelagianos*, san Jerónimo vuelve a manifestar que los cuernos de Moisés constituyen una metáfora de «fuerza», «poder», «sabiduría» o «conocimiento de Dios».

Por lo tanto, me inclino a asumir, más bien, que la razón de que san Jerónimo se decidiera a verter el griego como «Quod cornuta esset facies sua» sea que en esa expresión (*cornuta*) hubiera en su día un simbolismo teológico que somos incapaces de identificar en este siglo».

[<http://www.lalinternadeltraductor.org/n5/cuernos-moises.html>]

ANATOLIA Y LEVANTE ASIÁTICO

La protección de los dioses taurinos fue creencia extendida a Anatolia y Levante. La intervención divina en el derecho al trono consistía en respaldar al soberano en su misión y pedirle cuenta de sus acciones. Se buscaba resaltar los vínculos de unión entre la corona y la divinidad, concretamente con el dios más importante del panteón, el de las tormentas o toro poderoso, de quien el soberano era el "bienamado".

«En los territorios de Levante, El jugó un importante papel hasta la ascensión de Baal y de Yahvé al rango supremo. Constituyó la principal divinidad semítica del panteón cananeo y fue considerado como padre de los dioses y de los hombres, y como creador y señor de todas las cosas. Aunque los textos ugaríticos le presentan como un personaje pasivo, sus facultades procreadoras y su poder le hicieron merecedor del calificativo de "toro". En Ugarit fue representado instalado en su trono y adornado de su barba y un par de astas bovinas.

El carácter taurino de El y su personalidad influyeron en gran medida en la formación de la divinidad de los hebreos. El contacto entre ellos tuvo lugar en los santuarios de Canaán, cuando este pueblo estaba inmerso en pleno nomadismo. Allí, los patriarcas levantaron altares a su dios, "del dios del padre", en puntos donde ya existían otros más antiguos, consagrados a la deidad cananea. La influencia cananea sobre la religiosidad de los patriarcas dotó a la divinidad hebrea de una dimensión cósmica, que no tenía, y amplió su radio de acción desde el grupo familiar o clase hasta el universo. Dueño de los elementos naturales se le designaba como "todo, poderoso toro de Jacob" o "toro de Israel", incluso después de tomar el nombre de Yahvé. Fue entonces cuando se asemejó a sus coetáneos, los dioses de las tormentas. Cuando Yahvé tomó el carácter soberano de El, se convirtió en señor del mundo y se rodeó de una corte de seres sobrenaturales.

El nomadismo practicado por los hebreos en sus primeros tiempos, solo permitió unos vínculos religiosos con su dios, sellados en el Sinaí, en los que estaba ausente por completo un gobernante terrenal. La monarquía fue introducida a petición propia en un difícil momento político, pero la peculiar concepción monoteísta de este pueblo excluyó de la institución monárquica todo rasgo de santidad. El rey fue árbitro de disputas y líder en la guerra, pero nunca constituyó el instrumento de integración de sociedad y Naturaleza, ni interpretó la voluntad divina o fue ministro del culto. Para el hebreo, Dios lo transcendía todo. La condición divina

fue siempre exclusiva de Yahvé, aunque este otorgase al monarca el dominio universal.» [Delgado Linacero, 1996: 159-160]

LA ISLA DE CRETA

El toro fue símbolo de fertilidad en muchas civilizaciones agrarias, siempre vinculadas a la "madre Tierra". En Creta se adoraba como "diosa de las serpientes" y su imagen se situaba en el interior de cuevas. Pero además de ser una manifestación divina, el toro fue víctima propiciatoria en los sacrificios rituales. En la religión cretense está presente el binomio muerte/vida desde épocas antiguas y pervive en las sucesivas épocas.

Es posible que las creencias taurinas de los cretenses procediesen de Anatolia, aunque lo cierto es que todas las civilizaciones coetáneas y próximas a la minoica (Mesopotamia, Persia, Palestina, ciudades-estado fenicias, Egipto, etc.) dieron un gran peso al elemento taurino. En Creta, cuya civilización tiene un sustrato anatólico, fruto de las migraciones desde Anatolia a Creta en el Neolítico y épocas posteriores, el culto al toro y su representación está muy arraigado.

«Parece que los creadores de la cultura cretense pertenecían al grupo de los pueblos de Asia Menor, como los pueblos aborígenes del territorio griego. Merced a su magnífica colocación, equidistantes de las tierras minorasiáticas, sirias y egipcias, a las que sirvieron de intermediarios, alcanzaron un alto nivel económico y cultural, y fundaron un verdadero imperio marítimo y comercial que señoreó las aguas y las tierras del Egeo.

En el primer período, llamado *minoico antiguo* por Evans, existieron numerosos jefes locales que dominaron en sus clanes respectivos, tanto de la isla de Creta como en las islas restantes y del mismo continente. Pero poco a poco alcanzó la hegemonía sobre los demás el rey de Knosos. Este rey recibió el nombre de *Minos*, equivalente al de faraón en Egipto o César en Roma y de él deriva la denominación del período *minoano* o *minoico* que se extiende a toda esta cultura.

Durante el *minoico antiguo* Creta se relaciona intensamente con todos los países mediterráneos y crea la primera gran marina que registra la Historia. Al comenzar la época del bronce, los marinos de Creta traen el estaño de lejanas tierras del Mediterráneo occidental y aun del Atlántico, y se convierten en los monopolizadores de la industria del bronce.

Poco después de 1800 los soberbios palacios de Knosos y Faistos son destruidos por un incendio, producido sin duda por una rebelión de los habitantes de la Creta oriental; pero poco a poco vuelve Knosos a recobrar su poderío y comienza el período de su máximo esplendor, que puede situarse entre 1800 y 1400.

Corresponde esta época al famoso poderío naval y mercantil de los minos, sobre las tierras egeas, del que Grecia clásica conservaba confusa memoria, mezclada con interesantes fábulas, en cuyo fondo se encerraba,

no obstante, en sustancia la línea general de los hechos» [Ballesteros/Alborg: *Historia universal*, 1965: 84 s.]

Aún no se ha podido aclarar si Creta estuvo habitada por cazadores y recolectores mesolíticos antes de la llegada de los primeros colonos del Neolítico temprano de Anatolia; pero sea como fuere, parece que incluso los plantadores neolíticos, en cuya vida la caza era todavía importante, adoraban a una diosa que, como la madre de la vida de Çatal Hüyük, uno de sus aspectos era ser la Señora de los animales salvajes.

Estas Señoras de los animales fueron adoradas en cuevas aun en la época minoica tardía, aunque parece que, ya en la primera mitad del segundo milenio, las cuevas eran en gran parte centros de la religión popular, de rituales de pastores, cazadores y campesinos y sus esposas, comparables a las capillas de las aldeas, mientras que la "la alta religión" minoica había pasado, en gran medida, a los santuarios de palacio. Como en Çatal Hüyük, sin embargo, estos santuarios no parecen haber perdido completamente su carácter de cueva.

«Los más antiguos habitantes del Egeo emplearon obesos idolillos femeninos como fetiches, Sus imágenes evolucionaron a figuritas más estilizadas, con faldas volantes y senos descubiertos, cuyos brazos se cruzaban o se alzaban en ademán de bendecir.

Se creía que esta diosa moraba en la cima de los montes o en la profundidad de las cavernas desde donde promovía la fertilidad de la naturaleza. Aunque parece cierto que la Creta minoica conoció ciertos dioses de la vegetación (los mitos griegos aluden a las hierogamias cretenses), no hay indicios arqueológicos que confirmen una relación entre la divinidad femenina cretense y un principio masculino, encarnado por el toro. Pero sí se puede hablar de otro tipo de datos que lo apoyan:

- a) La doble hacha o labris. Unidas a los cuernos de consagración, se utilizaba como motivo decorativo en la arquitectura, pintura mural y cerámica. Se insertaba en las astas de los ritones bovinos y se asociaba a los bucráneos del arte egeo. Ese instrumento era de origen asiático y constituía el símbolo de las "divinidades de las tormentas" del Mediterráneo oriental y de Mesopotamia, todas ellas ligadas al toro. En el arte creto-micénico, la doble hacha también acompañaba a divinidades antropomorfas, en este caso femeninas. M. Gimbutas hace proceder este emblema de la evolución de la mariposa, una de las epifanías de la diosa egea, desvinculándola del mundo oriental.
- b) La apariencia de abeja fue otra de las formas asumidos por la Gran Diosa. La creencia de que estos insectos eran engendrados por toros muertos, era muy antigua y ponía de relieve la fe en el poder generador de este animal y la causa de su adopción como compañero de la divinidad materna.

Diversos relatos avalan el hecho. Representaciones con atributos de abeja y sosteniendo sobre ella unas astas bovinas son visibles en los anillos de oro minoicos. [...] Gimbutas identifica con la diosa abeja a la llamada "señora de los animales" de una famosa ánfora beocia, fechada hacia el 680 a.C.

La diosa está rodeada por dos leones, una cabeza de toro (símbolo del sacrificio y de la nueva vida comenzada a partir de él), un objeto en forma de botella, pájaros y esvásticas.

Esta tradición, que reúne de nuevo a la Diosa con el toro, sugiera la ascunción del principio generador masculino por este animal en el mundo minoico.» [Delgado Linacero, 1996: 338 ss.]

Es posible que las creencias taurinas de los cretenses procediesen de Anatolia, aunque lo cierto es que todas las civilizaciones coetáneas y próximas a la minoica (Mesopotamia, Persia, Palestina, ciudades-estado fenicias, Egipto, etc.) dieron un gran peso al elemento taurino.

LA LEYENDA DEL MINOTAURO

Poco después de 1800, tras una rebelión de los habitantes de la Creta oriental, los palacios de Knosos y Faistos son destruidos por un incendio. Entre el 1700 y 1400, Creta recupera su poderío naval y mercantil sobre las tierras egeas. Esta época quedó reflejada en los mitos griegos sobre el Laberinto y el Minotauro:

Tras perder la ciudad de Atenas una guerra contra el rey Minos, se le impuso como tributo el envío, cada nueve años, de siete doncellas y siete donceles en la flor de la vida, destinados a ser devorados por el Minotauro. Cuando debía cumplirse por tercera vez tan humillante obligación, el príncipe ateniense Teseo, con el consentimiento, aunque de mal grado, de su padre el rey Egeo, se hizo designar como uno de los siete jóvenes, con el propósito de dar muerte al Minotauro, escondido en el Laberinto, construido por Dédalo, y acabar así con el periódico sacrificio y liberar a los atenienses de la tiranía de Minos.

Teseo, macha a Creta y enamora Ariadna, hija de Minos y de Pasífae. Ariadna le ensaña a Teseo el sencillo ardid de ir desenrollando un hilo a medida que avanzara por el laberinto para poder salir más tarde. Teseo mata al Minotauro, escapando luego del Laberinto siguiendo el hilo hasta Ariadna y huye con ella de Creta.

Teseo recobra el anillo de oro que el minos había lanzado al agua, y que encerraba el símbolo de su poder naval. Con este anillo regresa a su país.

Al lado de sus elementos fabulosos, esta leyenda contiene una base verídica. Los soberanos cretenses se llamaban Minos, personificación de los "minos" de Creta. El Minotauro es una reminiscencia del culto que se rendía al toro como encarnación de la divinidad.

La idea del laberinto hace recordar la complicada construcción de los palacios cretenses. Los atenienses consideraban este relato como historia verdadera. Durante siglos conservaron, sometiéndolo a continuas reparaciones, el barco en que Teseo había partido para Creta y que usaban como navío sagrado para llevar cada año la embajada que asistía a las fiestas de Apolo en Delfos.

El poder naval de Creta comienza a decaer. La isla es invadida por los aqueos que se apoderan de todos sus territorios. Comienza el último período minoano. Los aqueos eran un pueblo indoeuropeo de la Edad de Bronce que partieron desde los Balcanes hasta Grecia en el año 1800 a. C., siendo los primeros visitantes indoeuropeos en llegar a esta península. Allí, instituyeron los reinos de Micenas y Tirinto.

Más tarde, alrededor del año 1400 a. C., conquistaron pacíficamente la isla de Creta e introdujeron algunas innovaciones, sin alterar la estructura social de los pueblos nativos. Los aqueos poseyeron desde entonces la hegemonía egea. Los cretenses, convertidos en vasallos, siguieron teniendo todavía un período de esplendor (el minoico último). Aunque estaban políticamente dominados por los aqueos, se convirtieron, en cambio, en los maestros culturales de sus dominadores.

Con anterioridad a la invasión aquea, ya los jonios, primeros invasores de la Grecia continental, habían ocupado las regiones meridionales de la península griega, y desde ellas habían establecido relaciones con los habitantes de Creta. Es posible que la ruina de Knosos, que precedió a su período de esplendor, fuera provocada por un ataque de los jonios, pueblos de origen ario. Arquitectos cretenses construyeron para los señores jonios magníficos palacios, pero la afición de los nuevos señores era la guerra.

El carácter belicoso de las ciudades jonias se acentúa mucho más con la invasión de los aqueos. Los guerreros aqueos expulsaron del Peloponeso a los jonios y conquistaron las islas del Egeo. Saltaron sobre Creta, incendiaron sus palacios y acabaron con el poder cretense, sustituido ahora por ciudades aqueas como Tirinto y Micenas, esta última fue la más poderosa y dio nombre a la cultura micénica, entre 1700 y 1100, época en la que los dorios se apoderaron de estas tierras.

La cultura micénica es en realidad creto-micénica: el elemento micénico ponía la estructura del poder y Creta la decoración y lo accesorio.

EL LABERINTO

El laberinto (del latín labyrinthus, y este del griego λαβύρινθος labýrinzos) es un lugar formado por calles y encrucijadas, intencionadamente complejo para confundir a quien se adentre en él.



Moneda de plata de Cnosos



El Laberinto de Creta es, en la mitología griega, el laberinto construido por Dédalo para esconder al Minotauro. Se piensa que la leyenda del laberinto tiene su base en el palacio de Cnosos. Una construcción tan sofisticada y de alta tecnología como dicho palacio, repleto de múltiples habitaciones y con todas las mejoras conocidas por la tecnología de entonces (incluyendo un sistema de alcantarillado) debió haber parecido a los aqueos algo intrincado.

Apoya esta tesis el hecho de que en el palacio de Cnosos se han encontrado dibujos de hachas de doble filo por doquier, que en griego se llaman labrys (λάβρυς), y que habrían dado nombre a la construcción. El laberinto de la leyenda griega también podría tomar como referencia la cueva de Gortina en la misma isla o las danzas que se celebraban en las islas egeas en las que los danzantes de la mano recorrían un trazado laberíntico.

«Si la vegetación se marchitaba anualmente para regenerarse en el seno de la diosa, también se debilitaba el poder del rey, que llevaba el título de Minos en Cnosos y que encarnaba la fertilidad en todo el país, Y es probable que los príncipes minoicos "murieran" periódicamente en el seno de la diosa para rejuvenecer su poder y con ello la fertilidad de Creta.

Este *hieros gamos* podría haber tenido lugar en el Laberinto de Creta, y hay indicios de que, al menos en la era Minoica clásica, el palacio de Cnosos era este laberinto. En Cnosos fue hallada una tablilla con una inscripción lineal B, que menciona a una "Señora del Laberinto" a quien se le debía sacrificar un ánfora de miel. Es probable que este labýrinzos fuera el palacio.

La palabra labýrinzos (λαβύρινθος) se traduce generalmente como "casa de la doble hacha". Los laberintos de Creta no eran laberintos, sino espirales que no se cruzaban, y estas formaciones parecen haber significado, desde tiempos inmemoriales, el movimiento rotatorio en

forma de espiral que termina con el hundimiento. El camino a través de la espiral es un camino que lleva a la muerte, pero esta muerte es el requisito previo de la fertilidad, de la nueva vida, de la nueva aparición de los cultivos.

Recordemos que los santuarios dentro de las casas en Çatal Hüyük muy probablemente reemplazaron las cuevas de culto de las montañas Taurus, en cierto sentido se los puede llamar "cuevas artificiales", y parece que esta misma evolución se puede rastrear en Creta. Con respecto al laberinto, esto significaría que la "Casa del hacha de doble filo" (λάβρυς) original no era un santuario del palacio sino una cueva de culto.

¿Quién era esta "Señora del laberinto"? Probablemente la diosa vaca Pasiphae, representada por su sacerdotisa, que podría ser la misma "Reina", realizaba la sagrada cópula (*hieros gamos*) con su hijo y amante en forma de toro, representado por el "Rey sacerdote". Y es probable que los griegos identificaran a esta "vaca" con su propia diosa, la "Hera con ojos de vaca", especialmente después de identificar a su esposo, el dios Zeus, que a menudo aparecía en forma de toro, con el pater de la diosa. [...]

Al igual que las diosas de Çatal Hüyük y Hacilar, la diosa minoica, como madre de la vida, parece haber conservado siempre su carácter arcaico como "Señora de los animales". Si bien es cierto que, sin fuentes escritas, es casi imposible saber a ciencia cierta si los minoicos, como más tarde los griegos, veneraban a diferentes diosas o solo a una diosa en sus diferentes aspectos. La Señora cretense de los animales parece haber sido venerada principalmente en cuevas.» [Duerr, 1984: 144 ss.]

MEDITERRÁNEO PREHELÉNICO

En el mundo egipcio, el primitivo culto al toro se transformó, dentro de la religión oficial, en sistemas teológicos de contenido celeste, mientras que la religiosidad popular se mantuvo ligada a antiguas concepciones del toro como sagrada reserva de energía generatriz.

«La casi totalidad de las figuras religiosas del toro en el mundo babilonio y asirio, por el contrario, parecen depender de la intuición de la corpulencia y el mugido del animal salvaje, dado el especial y persistente papel del *auroch* en la región asiática, que acaparó, a expensas del toro doméstico, la preponderancia como símbolo e imagen mítica.

No obstante, parecen percibirse también en el mundo asiático concepciones del toro fundadas en el prestigio del animal engendrador, que es inseparable de su condición de rey del rebaño bovino, de aristócrata del mundo de los animales.

Si pasamos al estudio del contenido primordial del toro en el mundo mediterráneo, en el que permanece lejano el recuerdo del toro salvaje y está vivo el del toro como animal de rebaño, el toro como semental, no

será arriesgado afirmar que en la religiosidad prehelénica debemos encontrar un valor religioso del toro más en relación con sus atributos generativos que con los físicos de la corpulencia y del mugido potente.

Un antiquísimo culto del toro parece haber brotado pujante, bien que bajo formas casi siempre confusas, en todo el mundo mediterráneo. Se ha discutido mucho sobre la existencia en la isla de Creta de un verdadero culto al toro. Es justo recalcar el hecho de la ubicación en Creta de toda una serie de episodios legendarios, con el de Fedra, Pasífae, Ariadna y Procris, inspirados en una pasión intensamente erótica.

La arqueología no ha suministrado, hasta el presente, ningún documento de la existencia de una divinidad masculina adulta en Creta; en lo referente a las relaciones de la preponderante divinidad femenina cretense con su principio masculino, encarnado en el toro, no existen figuras directas.» [Álvarez de Miranda, 1962: 173 ss.]

Tauro (griego ταῦρος, 'toro') es el nombre dado por los mitógrafos evemeristas a unos supuestos héroes cretenses para explicar "racionalmente" los mitos de Europa y del Minotauro.

El evemerismo es una teoría hermenéutica de la interpretación de los mitos creada por Evémero de Mesene en el siglo IV a. C., que afirmaba los mitos son de naturaleza histórica y social, que los dioses no son alegorías, sino cosas u hombres que en la antigüedad fueron importantes, por lo que luego pasaron a ser deificados.

Se denomina período helenístico o helenismo o periodo alejandrino (por Alejandro Magno) el que va de la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.) y la muerte de Cleopatra VII de Egipto, y su amante Marco Antonio, tras su derrota en la batalla de Accio (30 a. C.).

Es la herencia de la cultura helénica de la Grecia clásica que recibe el mundo griego a través de la hegemonía y supremacía de Macedonia. Entre la gente culta y de la aristocracia «lo griego» era lo importante.

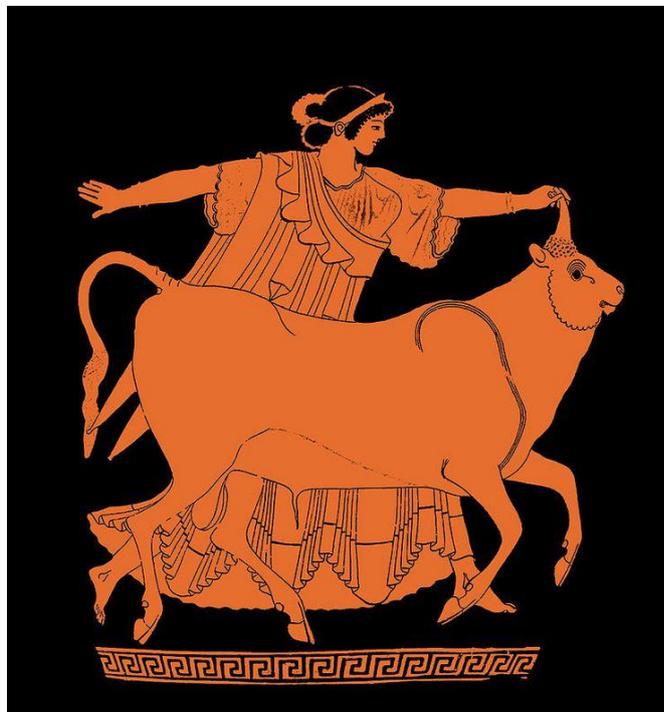
El resto de la población de estos reinos tan dispares (Egipto, Siria, Macedonia) no participaba del helenismo y continuaba con sus costumbres, su lengua y sus religiones.

Las ciudades-estado griegas (Atenas, Esparta, Tebas...) habían llegado al declive y habían sido sustituidas en importancia por las ciudades modernas de Alejandría, Pérgamo y Antioquía. En todas ellas se hablaba la lengua griega, en la variante llamada koiné (κοινή), que significa «común», la lengua común o panhelénica, principal vehículo de cultura.

Es considerado como un período de transición entre el declive de la época clásica griega y el ascenso del poder romano. La herencia cultural griega será asimilada por el mundo romano, surgiendo así con la fusión de estas dos culturas lo que se conoce como «cultura clásica», fundamento de la civilización occidental.

Dos de los mitos prehelénicos más conocidos están vinculados a la isla de Creta, a la isla minoica y es notorio que su tema central gire en torno al toro: El mito del Rapto de Europa y el Mito de Pasífae. Según Álvarez de Miranda, ambos mitos coinciden en lo sustancial: la unión del binomio toro-mujer, aunque el enfoque del tema sea diferente.

EL MITO DEL RAPTO DE EUROPA



En la mitología griega, Europa era una mujer fenicia de Tiro, que terminaría dando su nombre al continente europeo.

Hay dos mitos diferentes sobre cómo llegó Europa al mundo griego: en el más familiar fue seducida por el dios Zeus transformado en toro, quien la llevó a Creta sobre sus lomos. Pero en el otro cuenta Heródoto que fue secuestrada por los cretenses, quienes la llevaron igualmente a Creta. Tras llegar a Creta, Europa tuvo tres hijos engendrados por Zeus: Minos, Radamantis y Sarpedón. Asterión, rey de Creta, se casó con ella y adoptó a sus hijos.

«Europa (griego Εὐρώπη, 'la mujer de amplio rostro', quizás por alusión a la Luna) era hija de Agenor y Telefasa, que fue amada por Zeus. Zeus vio a Europa cuando estaba jugando con sus compañeras en la playa de Sidón, o de Tiro, donde reinaba su padre.

Inflamado de amor por su belleza, se metamorfoseó en un toro de resplandeciente blancura y cuernos semejantes a un creciente lunar; con esta forma fue a tumbarse a los pies de la doncella.

Esta, asustada al principio, va cobrando ánimo, acaricia al animal y acaba por sentarse en su espalda.

En seguida, el toro se levanta y se lanza hacia el mar.

A pesar de los gritos de Europa, que se aferra a sus cuernos, se adentra en las olas y se aleja de la orilla; de este modo llegan los dos a Creta.

En Gortina, Zeus se une con la joven junto a una fuente y bajo unos plátanos que, en memoria de estos amores, obtuvieron el privilegio de no perder jamás sus hojas.

Europa dio tres hijos a Zeus: Minos, Sarpedón y Radamantis. También se le atribuye la maternidad de Carno, que fue amado de Apolo, e incluso la de Dodón.

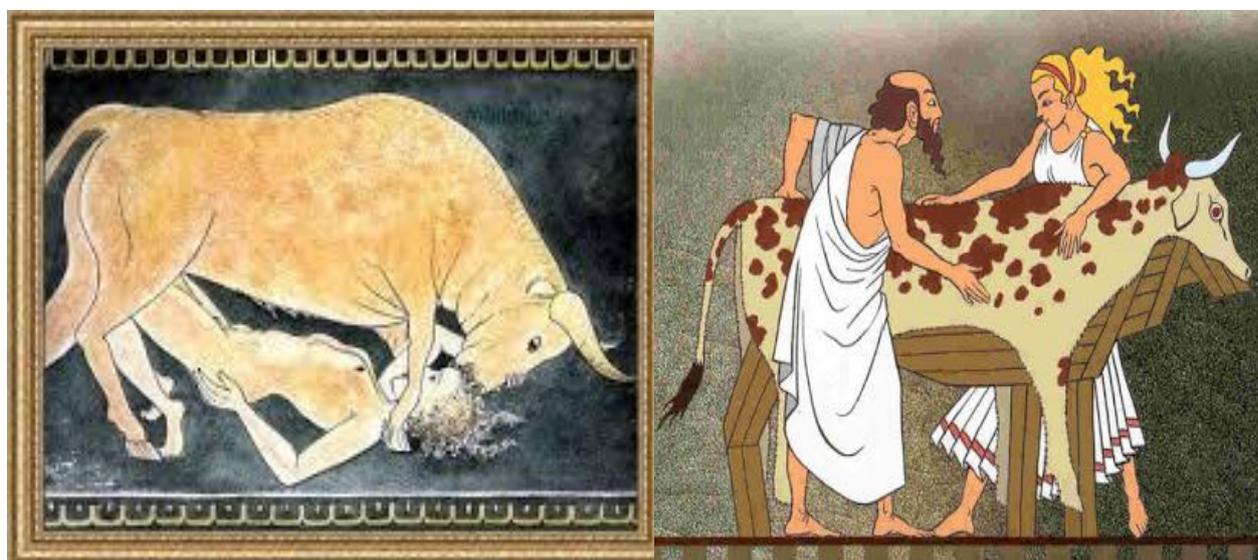
Luego Zeus le otorgó tres presentes: le entregó a Talo, el "autómata" de bronce que guardaba las costas de Creta; un perro que no podía dejar escapar ninguna presa, y una jabalina de caza que jamás erraba el blanco.

Casola después con el Rey de Creta, Asterión, hijo de Téctamo, que, no teniendo hijos, adoptó a los de Zeus.»

A su muerte, Europa recibió los honores divinos.

El toro cuya forma había adoptado Zeus se convirtió en una constelación y fue colocado entre los signos del Zodíaco.» [Grimal, 1986: 188]

EL MITO DE PASÍFAE



Pasífae (griego: Πασιφάη, 'la que brilla para todos', un nombre de la luna), era la hija de Helios y la ninfa Creta (también llamada Perseis). Era hermana de Circe y Eetes. Fue criada como una princesa en la Cólquida, y dada entonces en matrimonio al rey Minos de Creta.

«La leyenda más célebre de Pasífae tiene Creta por escenario. Se refiere a sus amores monstruosos con un toro.

Sobre este particular se contaba que Minos, al reclamar el trono de Creta, había pedido a los dioses un signo que pusiera de manifiesto su derecho al mismo.

Al ofrecer un sacrificio a Poseidón, había rogado al dios que hiciese salir un toro del mar, prometiéndole sacrificárselo. Pero cuando Poseidón le hubo concedido lo que pedía, Minos se negó a cumplir su promesa. Como castigo, Poseidón volvió furioso a un toro y, más tarde, inspiró a Pasífae un amor irresistible por el animal.

Se decía también que era un castigo que Afrodita había infligido a Pasífae porque esta había despreciado el culto a la diosa, o bien que vengaba a la joven la ofensa recibida de Helio al revelar a Hefesto sus amores clandestinos con Ares.

No sabiendo cómo satisfacer su pasión, Pasífae pidió consejo al ingenioso Dédalo, el cual fabricó una ternera tan perfecta y tan semejante a un animal verdadero, que el toro se dejó engañar.

Pasífae se había ocultado en el interior del simulacro, y así pudo realizarse la monstruosa cópula. De estos amores nació un ser medio hombre medio toro, el Minotauro. Minos, al enterarse de la aventura, se irritó contra Dédalo, y le prohibió salir de Creta. Pero, según se dice, este logró escapar con la complicidad de Pasífae.

Se atribuía a Pasífae un temperamento muy celoso, así como artes de hechicería, semejantes a las de su hermana Circe y de su sobrina Medea, hija de Eetes.

Para impedir que Minos se uniese a otras mujeres, le dirigió una maldición en virtud de la cual todas las mujeres que amaba morían devoradas por serpientes que salía de su cuerpo. Proclis lo curó de esta maldición.

Existía en Laconia un oráculo de Pasífae. Pero en realidad, de esta Pasífae se decía unas veces que era la Casandra troyana; otras, Dafne; otras, una hija de Atlante que, por Zeus, habría sido la madre de Amón, dios de Cirene (adorado con el nombre de Zeus-Amón).» [Grimal, 1986: 411-412]

«Todo parece indicar que el mito de Pasífae, que se deja montar por un toro divino para dar a luz al Minotauro, que a su vez es asesinado por Teseo, es el reflejo griego de un ritual minoico en el que la relación sexual de la Gran diosa con su hijo y amante en forma de toro representaba, al mismo tiempo, su muerte a través de la cual se regeneraba a sí mismo.

Aunque Ariadne sintió un amor irresistible por el héroe griego, que mata al Minotauro, y su diadema nupcial, guio a Teseo para poder escapar del laberinto tras dar muerte al Minotauro.

Pero parece como si toda historia de Teseo no fuera otra cosa que la interpretación griega de un ritual de regeneración arcaico en el sentido de una prueba de iniciación heroica indogermánica, superada la cual el ahora adulto se lleva a su novia.

A los griegos les resultaría difícil ver el *hieros gamos* de otra manera que no fuera un robo o violación de la mujer, y es bien sabido que Zeus se destacó en este aspecto, la ninfa Dictina solo pudo escapar saltando al mar, mientras que la diosa de la vegetación Kore no se salvó de ser robada por un dios ctónico.

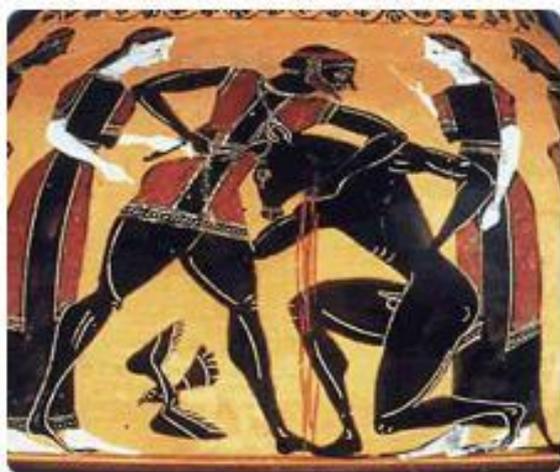
No obstante, el Zeus cretense y sobre todo Dionisio en forma de toro, conservaron en la época griega las características de paredros minoico

de la Gran Diosa, e incluso en el mito de Teseo el dios arcaico de la vegetación todavía juega un papel. [...]

Se puede encontrar un culto a Zeus en la caverna de Ida por lo menos desde el período geométrico [900-700 a. C.] y, con seguridad, desde la época arcaica.

Y se puede plantear la pregunta de si el acto de regeneración entre Minos y la diosa no sirvió de modelo para la leyenda griega del encuentro entre Minos y Zeus.» [Duerr, 1984: 142 ss.]

EL MINOTAURO



«El Minotauro era un monstruo que tenía la cabeza de hombre y el cuerpo de toro. En realidad, se llamaba Asterio, o Asterión, y era hijo de Pasífae, esposa de Minos, y de un toro enviado por el propio Poseidón a esta.

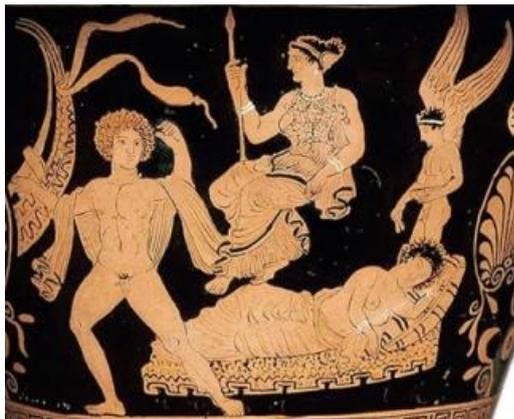
Minos, asustado y avergonzado al nacer este monstruo, fruto de los amores contranatura de Pasífae, mandó construir al artista ateniense Dédalo, que entonces vivía en la corte, un inmenso palacio (el Laberinto), formado con un embrollo tal de salas y corredores, que nadie, excepto Dédalo, era capaz de encontrar la salida.

Allí encerró al monstruo, y cada año le daba en pasto a los siete jóvenes y otras tantas doncellas que, como tributo, le pagaba la ciudad de Atenas.

Teseo se integró voluntariamente en el número de estos jóvenes y, gracias a la ayuda de Ariadna, consiguió no solo inmolar al animal, sino hallar el camino de salida del palacio.

Esta leyenda conserva el recuerdo de la civilización minoica, que parece haber tenido un culto del toro y palacios inmensos como los encontrados en Cnosos. El Laberinto es, efectivamente, el "palacio de la doble hacha" (en griego: λάβρυς), símbolo que aparece repetidamente en los monumentos minoicos y que quizá tenga una significación "solar".» [Grimal, 1986: 361]

ARIADNA Y TESEO



«Ariadna (en griego Ἀριάδνη, de la forma greco-cretense arihagne, 'la más pura') era hija de Minos y Pasífae. Cuando Teseo llegó a Creta a combatir al Minotauro, Ariadna lo vio y se enamoró perdidamente de él.

Para permitirle encontrar el camino en el Laberinto, la prisión del Minotauro, le dio un ovillo, cuyo hilo fue devanado y sirvió para indicarle el camino de regreso. Luego huyó con él, a fin de escapar de la ira de Minos, pero no llegó a Atenas. En una escala en la isla de Naxos, Teseo la abandonó, dormida, en la orilla. Pero Ariadna, al despertar a la mañana siguiente y ver las velas de su amante que desaparecían a lo lejos, no se sumió por mucho tiempo en su dolor.

Pronto llegaron Dionisio y su cortejo, el dios en un carro tirado por panteras. Fascinado por la belleza de la joven, Dionisio casó con ella y la condujo al Olimpo. Como regalo de boda, le dio una diadema de oro, obra de Hefesto. Esta diadema se convirtió más tarde en una constelación. Ariadna tuvo varios hijos con Dionisio. Otra tradición cuenta que Ariadna fue muerta en la isla de Día (Naxos) por la diosa Ártemis, cumpliendo una orden de Dionisio.» [Grimal, 1986: 51]

“**TODOS LOS CRETENSES MIENTEN”, LA ANTINOMIA DE EPIMÉNIDES**”

Parece que los cretenses tenían algunos dichos relacionados con la muerte y el volver a nacer (eterno retorno de todo) de sus religiones místicas, que para los griegos, que lo tomaban al pie de la letra, les parecía una tomadura de pelo. Se atribuye a Epiménides haber afirmado: “Todos los cretenses son unos mentirosos”. Sabiendo que él mismo era cretense, ¿decía Epiménides la verdad? Es lo que se llama la paradoja lógica de Epiménides: “Todos los cretenses mienten, yo soy cretense ... ¿digo la verdad?”.

«Parece que algunos griegos, especialmente los intelectuales, no acababan de entender bien eso de la 'muerte' del dios de la vegetación, y creían que los cretenses les estaban contando un cuento chino de que un dios –y más aun Zeus– podía morir realmente, por lo que tomaban a

los cretenses por mentirosos, una idea que inmortalizaría la famosa antinomia de Epiménides.

En consecuencia, también tenían dificultades con la idea de la "regeneración" anual del dios, y con hacer de la 'muerte' una muerte. Así interpretaban el retorno periódico de paredros, el amante de la diosa minoica, como el nacimiento de un niño de pecho, que era alimentado en una cueva de la montaña por ninfas, como Amalteia en forma de cabra o de vaca, que según una tradición también era una osa, Díctina Señora de los animales o la "abeja" Melissa. Estas ninfas seguían representando, hasta cierto punto, a la vieja diosa minoica, pero esta nunca ha sido una madre o nodriza que da el pecho al niño. Todo hace indicar más bien que el Zeus niño es una importación indoeuropea, traído probablemente a Creta por los dorios, que fueron los que lo relacionaron con el paredros minoico de la diosa.

No obstante, parece haberse conservado el culto al dios de la vegetación, que desaparecía durante el invierno en el inframundo para regresar en la primavera, y es probable que la 'muerte' de los Curetes y su guía («el más grande kuros»), los espíritus de la fertilidad, significara la muerte iniciática de aquellos que representaban a estos seres divinos.» [Duerr, 1984: 172-173]

En la mitología griega, los Curetes (en griego antiguo, Κουρήτες Kourētes) eran divinidades a veces confundidas con los Coribantes o los Dáctilos. Nacidos en Eubea, fueron expulsados por su padre, y acompañados por la madre, llegaron a Frigia para educar al dios Dioniso. Más tarde, en Ática, el rey Cécropo les ayudó a vengarse de su padre, por lo que pudieron regresar a su patria.

Los Curetes custodiaron a Zeus cuando era un recién nacido en la cueva de Dicte y se encargaron de hacer ruido golpeando sus armas y bailando para que Crono no oyese al niño, al que quería devorar. El helenista francés Henri Jeanmaire señaló que los Curetes, así como el Zeus cretense (llamado «el más grande kuros» en himnos cretenses), tenían una estrecha relación con el paso de los jóvenes a la edad adulta en algunas ciudades cretenses.

HERMES Y CORE

Hermes es hijo de Zeus y Maya, la más jóvenes de las Pléyades. Inventó la flauta de Pan, que Apolo le compró dándole en pago un cayado de oro que Hermes utilizaba para guardar las manadas. Hermes le pidió, además, a Apolo lecciones de arte adivinatoria, así aprendió a adivinar el porvenir sirviéndose de pequeños guijarros. Zeus, al ver las habilidades de su último retoño, le nombró su heraldo, consagrándolo a su servicio personal y al de los dioses infernales, Hades y Perséfone (hija de Deméter y Zeus y es conocida también por el nombre de Core o Cora ('doncella')). Los griegos tenían a la diosa Deméter por una diosa cretense.

Hermes guiaba a los viajeros por los caminos; su imagen se levantaba en las encrucijadas con el aspecto de un pilar del que solo la parte superior estaba esculpida en forma de busto humano, si bien aparecía dotado de órganos viriles muy manifiestos. Velaba por los pastores. Asimismo, estaba encargado, de modo muy especial, de acompañar a los infiernos a las almas de los difuntos, función que le valía el nombre de psicopompo, el acompañante de las almas.

«Hemos dicho que una deidad masculina, el paredros en forma de toro de la Gran Diosa, era el que personificaba la vegetación, la vida que nace y muere, y que la Gran Diosa era el origen y *fundamento* invariable de la vida cambiante, a cuyo seno volvía la vegetación para volver a nacer regenerada.

Parece, sin embargo, que incluso en la Creta minoica –y tal vez incluso en las culturas urbanas neolíticas de Anatolia– existía una tradición mítica y cultural muy diferente, en la que la vegetación, que cíclicamente desaparecía y volvía a parecer, la personificaba una mujer joven, la hija del Gran Diosa, y es probable que ella fuera la antecesora de la Core griega posterior. Core (griego: Κόρη) significa propiamente ‘doncella’, ‘hija’.

Pinturas en jarrones posteriores muestran a Hermes ayudando a Core a salir del inframundo. ¿Era Hermes un descendiente lejano de los chamanes, que sacaban del inframundo a los animales de caza durante el cambio estacional, montados en su bastón convertido en animal de monta durante el éxtasis, mientras que el dios hacía lo mismo con los agricultores, sacando a la luz en primavera la vegetación desaparecida en el inframundo durante el invierno?

Y aquí es donde surge la pregunta de si el Hermes, conductor de las almas o psicopompo (que conducía las almas de los difuntos hacia la ultratumba), era originalmente solo una especie de compañero de viaje o si no había tenido una relación más profunda con la diosa de la vegetación, una relación que nos permitiría ver el mito bajo otra perspectiva.

Como sabemos, Hermes ha sido desde muy antiguo un dios fálico y es incluso la máxima personificación de la fuerza procreadora masculina, representado en Arcadia a veces por un simple pene erecto.

¿Era Hermes originalmente comparable a un dios de la fertilidad que en primavera visitaba a la diosa minoica de la vegetación en el inframundo, para traerla de vuelta a Creta, quien copulaba con ella para hacerla florecer y en otoño la volvía a acompañar a los Campos Elíseos (Ἠλύσιον πεδία ‘campos o llanuras del lugar alcanzado por el rayo’)?

Si bien la tradición de la Gran Diosa y sus paredros no encontró terreno fértil en Grecia, la diosa minoica "que solía desaparecer" se convertiría en uno de los más importantes fenómenos del mito y del culto en el continente.» [Duerr, 1984: 185 s.]



Deméter



Dios Hermes

LA PENÍNSULA IBÉRICA

En la Península Ibérica la mezcla de elementos autóctonos y precedentes de inmigraciones es poco clara, las noticias transmitidas por los historiadores clásicos escasas y la influencia de la civilización mediterránea evidente.

El pueblo ibérico es anterior a la invasión celta (siglo IX a.C.). Los celtas se mezclaron en el centro de la Península con el elemento indígena y no penetraron intensamente en el sur. El sur peninsular estuvo bajo la influencia de las culturas mediterráneas (Fenicia, Creta).

La conquista romana de Hispania empieza con el desembarco romano en Ampurias (218 a. C.) y concluye con la conquista romana de toda la Península por César Augusto (19 a. C.), tras el fin de las guerras cántabras. Hasta que se consolidó la dominación romana, en los primeros siglos de nuestra era, el carácter constante de la Península fue la falta de unidad.

La presencia del toro en numerosas pinturas rupestres peninsulares revela una supervaloración de este animal ya desde tiempos prehistóricos. Aunque no hay pruebas de que recibiera una especial veneración, hay vestigios de escenas de posible matiz ritual o religioso, lo que hace pensar que pudo ser objeto de algún tipo de culto, más patente en las representaciones levantinas. En las áreas del norte, los pueblos indoeuropeos, asimilados al sustrato indígena, representaban a uno de sus dioses con cuernos de toro.

«En el sur y sudeste de la Península, el bovino estuvo en relación con cultos funerarios y de la fecundidad más cercanos al mundo oriental. Los relatos sobre los orígenes de las monarquías allí estuvieron protagonizados por reyes civilizadores, similares a los helénicos y latinos. Los mitos de Gerión y de Habis ponen de relieve el contraste con el sistema vigente en el norte del país.

Gerión se perfila como un rey pastor, dotado de tres cabezas o de tres cuerpos, nacido en una cueva junto a las fuentes del río Tartessos de argénteas arenas. Poseía grandes vacadas, algunas de las cuales fueron robadas por Heracles y llevadas a Tirinto.

Hijo de una ninfa marina y nieto del Océano, recibió culto como un dios. Gerión representaba la riqueza minera, la agrícola (por su vinculación con el agua) y, sobre todo, la ganadera centrada en el vacuno. Se le veneró también como un dios fluvial al que acudían a beber las reses, una vez saciadas con la sabrosa hierba de sus bien regadas praderas.

Habis se ajustaba más al prototipo de héroe legislador e impulsor de la civilización. Su leyenda refleja la constante protección dispensada por los dioses desde su nacimiento hasta ocupar el trono de su padre, Gárgoris. Su principal aportación, como soberano de Tartessos, fue la enseñanza del manejo de la yunta de bueyes y del arado, por vez primera. Pero el arado y el yugo fueron aperos de origen sagrado, conectados con la realeza en todo el Mediterráneo y en el Próximo Oriente. Ambos instrumentos estuvieron relacionados con cultos taurinos que llevaban implícita la idea de fertilidad. Idea predominante en el fondo de las variadas esculturas de época ibérica que abundan, en particular en el sudeste de la Península. Algunas formaron parte de ámbitos funerarios donde la fecundidad del toro suministraba fuerza vital en el Más Allá; otras constituyeron exvotos o animales sagrados de alguna divinidad desconocida. El culto a los poderes generativos del toro y a su función funeraria se extensión, también, a las islas Baleares.» [Delgado Linacero, 1996: 164 s.]

La sacralidad del toro en Hispania fue afirmada por Diodoro Sículo, 4,18,3: «(Cierta rey) consagró todos los toros (de una parte del rebaño de Gerión que Heracles le había regalado por rendirle culto) a Heracles y cada año le sacrificaba el toro más hermoso; y sucede que los toros siguen considerándose sagrados en Iberia hasta nuestro tiempo.» [Traducción de J. Mangas y D. Plácido (eds.), *La Península Ibérica Prerromana de Éforo a Eustaquio*, pág. 596); cf A. Álvarez de Miranda, op. cit. n. 2, pág. 21 s.]

«El tono general de las creencias demuestra un fuerte contenido naturalista: veneración de montes y fuentes benéficas, a las que se arrojan exvotos; huellas de creencias astrales, particularmente en la zona celtizada; imágenes teriomorfas, con frecuentes elementos fantásticos; práctica del sacrificio animal, humano y primicial; tales son las características más comunes de las religiones ibérica.

Los nombres de los dioses que conocemos a través de las aras romanas, son casi siempre de estructura y de contenido céltico. Está claro en las religiones ibéricas su carácter práctico: los devotos entran en contacto con el elemento divino para obtener favores tangibles inmediatos.

En estas condiciones es difícil individualizar el sentido religioso que se vinculaba a la figura del toro. La figura del toro aparece frecuentemente en las pinturas rupestres del Neolítico español. Se trata del toro salvaje. El área de estas representaciones coincide con el este de la Península, especialmente con la región montañosa ibérica (provincia de Teruel y

Albacete). El toro está representado con una gran precisión naturalista; falta la acentuación de los órganos de la generación; está muy marcada la corpulencia y fuerza del animal, particularmente los cuernos, y no existe ningún indicio que revele una especial veneración del animal. [...]

Schulten ha sido el autor que más ha insistido en el carácter cretense del culto al toro en España. Lo que sabemos sobre las relaciones hispano-cretenses no nos autoriza a retrotraer tan lejos la hipótesis de la influencia cretense. La afirmación de Diodoro, según la cual los toros *son considerados como sagrados entre los iberos hasta nuestros días*, parece relacionarse con muchas figuras encontradas en el centro y el sur de la Península, principalmente en la región de Extremadura. [...] Es necesario observar que no conocemos monumentos que representen al toro como animal de sacrificio. [...]

Se puede asegurar que el documento más importante sobre el papel religioso del toro en la España antigua es el texto de Diodoro en el que se afirma el carácter sagrado del toro entre los iberos. Los estudiosos que admiten que el culto al toro existió en España se apoyan principalmente en este texto. Somos de la opinión que la más clara conclusión que se deduce de este breve *excursus* sobre el papel del toro en las religiones antiguas de España es la de una difusa veneración del animal, como base común en todo el centro, este y sur de España. En algún lugar parece haber producido, en épocas posteriores, una antropomorfización del toro, pero en el resto de la Península su figura parece estar ligada tenazmente a la magia del mundo vegetal, del animal o del humano. De su relación con el mundo uránico faltan en la actualidad testimonios.

El toro es siempre un ser ligado a la tierra, sobre la que se yergue su figura benéfica. No faltan indicios referentes a una valoración de su poder genético. El carácter eminentemente ganadero de toda la civilización del mediodía de España induce particularmente a explicar la presencia del toro como animal no solo amigo, sino de gran importancia, aristocrática y familiar al hombre, cuyo máximo prestigio nace del hecho misterioso de su poder generativo.» [Álvarez de Miranda, 1962: 20 ss.]

Para Ángel Álvarez de Miranda:

«El toro no pertenece en la Península Ibérica a la esfera de lo sagrado, no es por tanto un objeto de culto. Perteneció siempre a la esfera de la creencia popular en la mágica fuerza generatriz de este animal. Esto llevó a los *ritos y juegos del toro* mediante los cuales se entraba en contacto con el objeto mágico y se recibía así su fuerza generadora.

Este rito mágico se fue convirtiendo en juego, sin haber abandonado nunca sus resabios rituales.»

A todos los elementos que las corridas adoptaron del rito del toro nupcial y de las corridas caballerescas, hay que añadir tres más:

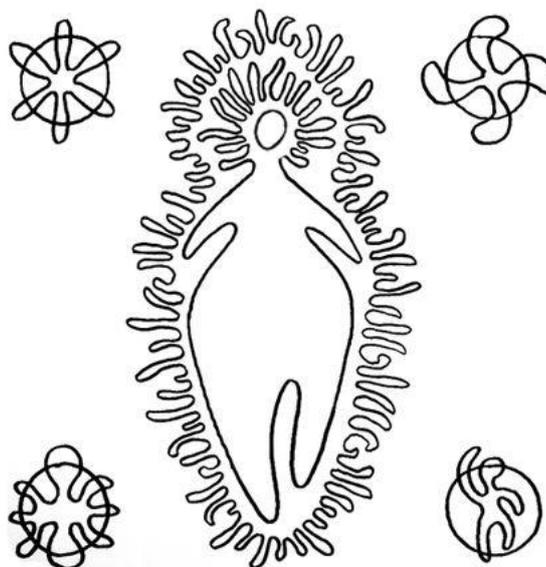
- a) El brindis, que recuerda al "morituri te salutant" ('los que van a morir te saludan') de los gladiadores al emperador que presidía el espectáculo en el anfiteatro romano.
- b) Orejas y rabo como trofeos, no de caza, sino algo parecido a lo que se solía hacer con los sacerdotes que sacrificaban las víctimas en los sacrificios en la antigüedad: se les daban los despojos de las víctimas.
- c) La plaza de toros, templo de la corrida, en forma circular, como anfiteatro de la tragedia.

«La muerte del toro tras la estocada es como el desenlace de una tragedia sin libertad, la inmólación de quien sin poder saberlo ni quererlo ha sido a la vez héroe y víctima. Sólo por eso, aunque en la prehistoria del toreo hubiese el pasado mítico y religioso, tendría un carácter cuasi-sacral la muerte del toro en la plaza.» [Lain Entralgo, Pedro: "Esencia del Toreo", *Revista de Occidente*, 12/1968]

LAS DIOSAS MATERNAS



Ninursag con el espíritu de los bosques junto al árbol cósmico de la vida de siete puntas.



Mari o Maddi es el numen principal de la mitología vasca. Es una divinidad de carácter femenino que habita en todas las cumbres de las montañas vascas.

Una diosa madre es una diosa que sirve como deidad de fertilidad general. En algunas culturas además es representada como la Madre Tierra, generosa personificación de la Tierra. Como tal, no todas las diosas pueden considerarse manifestaciones de la diosa madre.

En las tradiciones occidentales, esta diosa fue representada de muchas maneras, desde las imágenes talladas en piedra de la diosa Cibele hasta la Dione ('diosa') que se invocaba junto con el dios Zeus en el oráculo de Dódona (Grecia) hasta finales de la época clásica. Entre los himnos homéricos (siglos VII-VI a. C.) hay uno dedicado a la diosa madre llamado

«Himno a Gea, madre de todo». El culto materno fue uno de los rasgos característicos de las culturas megalíticas europeas.

Muchas culturas antiguas adoraron deidades femeninas como parte de sus panteones que encajan con la concepción moderna de «diosa madre». Diosas sumerias, mesopotámicas y griegas: Tiamat en la mitología sumeria, Ishtar (Inanna) y Ninsuna en la caldea, Asera en Canaán, Astarté en Siria y Afrodita en Grecia, por ejemplo.

Los sumerios escribieron muchos poemas eróticos sobre su diosa madre **Ninhursag**. En mitología Sumeria, Ninhursag es el nombre más conocido de Ki, y era la Tierra y diosa madre que generalmente aparecía como la hermana de Enlil, pero en algunas tradiciones ella era su consorte. Posiblemente nació de la unión de An y de Nammu. En los primeros días ella fue separada del cielo (An), y sacada fuera por Enlil. Con el nombre de Antu, aparece como progenitora de la mayoría de los dioses, con la asistencia de Enki produce la vida animal y vegetal. Fue principalmente una diosa de la fertilidad, en algunos himnos se la identifica como "verdadera y gran señora de los cielos" y que los reyes de Sumer "fueron nutridos por la leche de Ninhursag". La leyenda cuenta que ella creó las colinas y las montañas, y que su nombre lo cambió su hijo Ninurta, de Ninmah a Ninursag para conmemorar ese hecho.

Ninlil fue otra de las diosas maternas mesopotámica, esposa del gran dios sumerio Enlil, su nombre significaba la 'gran vaca'. Era conocida en Nínive como Belit y en Babilonia, como Beltis ('la señora'). Los monarcas la adoptaron como progenitora. Su nombre era Sud, pero al unirse a Enlil pasó a ser Ninlil.

Inanna, diosa de Uruk, es equiparada a la **Ishtar** acadia. Su relación con el pastor o vaquero Dumuzi (Tammuz) es motivo de uno de sus mitos más famosos. Conservó siempre su carácter de diosa de la fertilidad. En la mitología sumeria Inanna era la diosa del amor, de la guerra y protectora de la ciudad de Uruk. Con la llegada de los acadios Inanna se sincretiza con la diosa Ishtar. Asociada con el planeta Venus, se la identifica con la diosa griega Afrodita y con la Astarté fenicia. Ishtar o Inanna representa el arquetipo de la Diosa madre.

Astarté es la asimilación fenicia-cananea de una diosa mesopotámica que los sumerios conocían como Inanna, los acadios, asirios y babilonios como Ishtar y los israelitas como Astarot, Ashtoreth y Asherat, esposa de El. Astarté era consorte de Baal. Lleva un peinado similar al de la Hathor egipcia y luce como ella orejas vacunas. Representaba el culto a la madre naturaleza, a la vida y a la fertilidad, así como la exaltación del amor y los placeres carnales.

Con el tiempo, se tornó también en diosa de la guerra y recibió cultos sanguinarios de sus devotos. Se la solía representar desnuda o apenas cubierta con un fino cinturón, de pie sobre un león.

Anat o Anut era principalmente una diosa semita de la fertilidad en la mitología caldea. Tanto hermana como esposa de Baal, era frecuentemente representada desnuda con pechos y un área vaginal prominentes, con un tocado similar a la diosa Hathor de Egipto, a quien a veces se le ha relacionado (proviene de tierras extranjeras, poseen un carácter violento y tienen connotaciones sexuales).

Nut o Nuit, "La Grande que parió a los dioses", es la diosa del cielo, creadora del universo y los astros, según la mitología egipcia. Nombre egipcio: Nut. Nombre griego: Nut. Deidad griega: Rea.

Aparece desnuda, apostada en tierra sobre sus cuatro, con el cuerpo arqueado a modo de bóveda celeste sobre su marido Geb (la Tierra). El padre de Nut, Shu (el aire atmosférico), intenta separarlos. Es probable que desde muy pronto fuera identificada con el cielo.

En un mito se relata la separación del cielo y la tierra: Re, símbolo de la luz solar, cansado de la humanidad, quería abandonar el ámbito terrestre. Nun (el Océano Primigenio) le convenció para que se subiera a los lomos de la vaca Nut. A la mañana siguiente, la vaca divina se irguió con el dios sobre ella y dio así forma a la bóveda celeste. Como el animal temblaba de temor, Re encargó a Shu, divinidad de la atmósfera, y a otros ocho genios que se colocasen debajo para sostenerla. Re viaja por el cuerpo de Nut desde la mañana al atardecer, fecundándola para que le diera a luz al amanecer. El sol nacía a la mañana como un becerro que se desarrolla con el paso de las horas y al que Nut amamantaba.

Kamutef, representado en forma de toro, tiene relación con Ra, Min y Amón. Se trata de un dios solar que fecunda a su propia madre, llamado "Toro de su madre", título relacionado con la fecundación de la vaca sagrada que hace que el sol salga cada mañana. Kamutef, más que un dios, representa un título que se asocia a otros dioses cuando se quiere resaltar su función creadora. El tema teológico del kamutef fue aplicado también a la persona del faraón como representante divino.

Hathor, en Egipto Hut-Hor, corresponde en Grecia a Afrodita, en Fenicia a Astarté y a la deidad semita Astore. Hathor estuvo vinculada a la monarquía desde los orígenes de la dinastía. El rey era, en primer lugar, Horus, y Hathor era la madre del dios. Su nombre significa 'casa de Horus'. En Egipto "casa", "ciudad" y "país" eran símbolo de la maternidad. Se la representaba como una diosa vaca con cuernos que sujetan un disco solar con uraeus. En otras representaciones es simplemente una mujer con orejas de vaca o una vaca (a veces con manchas en su pelaje). Hathor pasó por diferentes etapas: En principio fue una diosa madre primordial, su veneración proviene ya de la época predinástica, donde pudo ser un desarrollo de los primitivos cultos a la fertilidad y a la naturaleza en general, representados por una vaca o una diosa celeste (no confundir con Nut) con aspecto de vaca con piel manchada de estrellas. Luego adquirió el carácter de esposa. Ambas facetas (maternal y

conyugal) se fundían en su asociación con Horus. Tardíamente se le identificó con Isis, quien la reemplazó como madre de Horus.

Isis (del griego antiguo Ἴσις) es el nombre griego de una de las diosas madres más veneradas de Egipto. Su nombre egipcio era **Ast**, que significa 'trono', representado por el jeroglífico que portaba sobre su cabeza. Otras veces está sentada, ostentando un tocado con el disco solar, por ser hija de Ra, el dios Solar. Podemos verla igualmente con alas de milano, abriendo sus brazos para bendecir a sus devotos e hijos, simbolizando su maternidad; con forma de diosa árbol, amamantando al faraón. Fue denominada "Gran maga", "Gran diosa madre", "Reina de los dioses", "Fuerza fecundadora de la naturaleza", "Diosa de la maternidad y del nacimiento".

Era considerada en el mito como la esposa y hermana de Osiris y la madre de Horus y fue venerada como la esposa y la madre arquetípica. El mito de Osiris y Set, Horus e Isis, la describe como el ideal de devoción conyugal y del amor materno. Carecía de atributos distintivos. Tan solo llegó a lucir en la cabeza unas astas vacunas, tomadas de Hathor. Más tarde, ambas diosas se trataron como una sola, pues su principal función fue la maternidad: se llamaba al faraón "hijo de Hathor" para resaltar su divinidad, e "hijo de Osiris" y "dado a luz por Isis" cuando se quería resaltar su linaje real.

Hay evidencias del culto a Isis en Hispania, transmitido por comerciantes, militares o simples ciudadanos griegos y romanos. Al principio su veneración fue popular, pero después llegó hasta las clases más altas. Existió culto organizado en: Emérita Augusta (Mérida), Igabrum, Cabra (Córdoba), Valentia (Valencia) y Baelo Claudia (Bolonía, Cádiz), donde quedan restos de un Templo a Isis del siglo II d.C; hubo devotos en: Legio (León), Astúrica Augusta (Astorga), Acci (Guadix), Saguntum (Sagunto) y Tarraco (Tarragona). Los últimos documentos hallados, referentes al culto a Isis en Hispania, datan de la primera mitad del siglo III.

Las diosas olímpicas de la Grecia clásica tenían muchos personajes con atributos de diosa madre, incluyendo a **Hera** y **Deméter**. Muchos de los atributos de la griega Potnia Theron, 'Señora de los animales' fueron luego absorbidos también por **Artemisa** o Ártemis, una de las deidades más ampliamente veneradas y una de las más antiguas. Se cree que era originalmente prehelénica. Homero alude a ella como Potnia Theron, 'Señora de los Animales'. Fue descrita a menudo como la hija de Zeus y Leto, y la hermana melliza de Apolo. Fue la diosa helena de la caza, los animales salvajes, el terreno virgen, los nacimientos, la virginidad y las doncellas, que traía y aliviaba las enfermedades de las mujeres. A menudo se la representaba como una cazadora llevando un arco y flechas. También fue identificada con la diosa romana **Diana**, con la etrusca **Artume** y con la griega o caria **Hécate**.

Hera es la legítima esposa y una de las tres hermanas del dios Zeus en el panteón olímpico de la mitología griega clásica. Además, ocupaba el cargo

de Reina de los dioses. Su equivalente en la mitología romana era Juno. Se le sacrificaban la vaca y más tarde el pavo real. Su madre se llamaba Rea y su padre Cronos. Esta diosa pudo tener procedencia micénica. Recibía culto en Argos (Peloponeso) como "diosa del yugo" y como la "rica en toros" y desde allí se extendió a Grecia. Homero la define en La Ilíada como diosa "de ojos bovinos". Engendró por sí misma a Hefesto y se la atribuye la maternidad de un ser monstruoso: la hidra de Lerna. La partenogénesis y el nacimiento de monstruos fueron rasgos arcaicos de este tipo de diosas.

Juno, equivalente a la Hera griega, era una diosa del matrimonio y reina de los dioses. Hija de Saturno y Ops, hermana y esposa de Júpiter, con el que tuvo dos hijos, Marte y Vulcano y una hija, Lucina. Juno fue una deidad mayor de la religión romana y formó parte, junto a Júpiter y Minerva, de la Tríada Capitolina, un importante culto romano. En la mitología romana Juno representa a la maternidad. Entre los romanos, Hera tomó el nombre de Juno. Según algún autor, la etimología de su nombre reflejaría la existencia de una divinidad masculina con atributos taurinos, equivalente a la helénica.

Tellus ('tierra' en latín) era una diosa que personificaba la Tierra en la mitología romana. A veces era llamada como Tellus Mater o Terra Mater, siendo Mater un título honorífico aplicado también a otras diosas. Era mencionada a menudo en contraste con Júpiter, el dios del cielo, y estaba relacionada con Dis y los Manes. Su equivalente en la mitología griega era Gea, y como tal se decía que era la madre de Fama, la diosa de los rumores y la fama. Era la productora de todos los frutos y de los ciclos vitales de la naturaleza. En los primeros tiempos de la Península Itálica, constituyó la única deidad femenina. Con el tiempo fue asimilada a Ceres.

El equivalente de Afrodita en la mitología romana, **Venus**, fue finalmente adoptada como figura de Diosa Madre. Era considerada la madre del pueblo romano, por ser la de su ancestro, Eneas, y antepasado de todos los subsiguientes gobernantes romanos. En la época de Julio César se le apodaba Venus Genetrix ('madre Venus').

La fiesta de Anna Perenna de los griegos y romanos en el Año Nuevo, sobre el 15 de marzo, cerca del equinoccio vernal, puede haber sido una fiesta de la diosa madre. Dado que el Sol era considerado fuente de vida y alimento, esta fiesta también se asimilaba con la Diosa Madre.

En las culturas del Egeo, Anatolia y el antiguo Oriente Próximo, una diosa madre fue venerada con las formas de Cibele (adorada en Roma como Magna Mater, la 'Gran Madre'), de Gea y de Rea.

Magna Dea es la expresión latina para 'Gran Diosa', y puede aludir a cualquier diosa principal adorada durante la República o el Imperio romano. El título Magna Dea podía aplicarse a una diosa, a la cabeza de un panteón, como Juno o Minerva, o a una diosa adorada monoteísticamente.

«A pesar de la escasez de conocimientos sobre la religiosidad de los pueblos prerromanos en la península Ibérica, sí hay huellas indicativas de una devoción a la Gran Diosa. En el área tartésica existió desde la época megalítica una divinidad femenina, rectora de la vida y de la muerte, simbolizada por unos ojos de tipo solar.

Ciertas piezas escultóricas procedentes del mundo ibérico presentan a la diosa acompañada por un toro. En Elche (Alicante), la deidad adquiere aspecto alado y está colocada en pie sobre las garras delanteras de una esfinge. Su peinado refleja la influencia egipcia. Puede adivinarse la relación de representaciones tauromorfas del área sudeste y levantina con la divinidad femenina de la fecundidad.

Los celtíberos del área castellana y alavesa veneraron a unas divinidades vinculadas a la fecundidad que fueron denominadas "matres". Solían llevar atributos de prosperidad, como el cuerno de la abundancia o el cesto de frutos. Con frecuencia, se las invocaba con epítetos toponímicos o de "gentilitates".

Sobre el culto a la luna, tan vinculado a la Magna Mater en otros lugares del Mediterráneo, hay indicios entre las tribus del norte, los lusitanos, los celtíberos y los habitantes de la Bética.

Es significativo que en el vascuence actual los términos que designan a la luna o a sus derivados (*illargui* = luna; *illa* = mes; *illabete* = lluna llena; *ilberri* = luna nueva; *ilgora* = cuarto creciente; *ilbera* = cuarto menguante) procedan de un tabú de vocabulario, desconociéndose el nombre primitivo que los vascos daban al astro.

Además, los lingüistas interpretan la palabra *ilargui* con un significado de muerte que enlaza a la luna, como en el resto del Mediterráneo, con el mundo funerario. Posibles acepciones son: 'luz de mes', 'luz de oscuridad', 'luz durmiente o muerta', 'luz muerta o de difuntos', 'luz de muerte', 'luz de difuntos'.» [Delgado Linacero, 1996: 346-347]

En la mitología vasca se adoraba a una diosa llamada **Mari**; también existía la figura de la diosa **Amalur**, nombre de origen vasco que en euskera significa 'Madre Tierra' o 'Tierra Madre'. Está relacionada con la diosa Mari, por lo que a veces es confundida con esta diosa vasca, que es la personificación de toda la naturaleza y a su vez es la divinidad superior que domina a todos los personajes mitológicos; tiene una relación especial con la Tierra y es la personificación de Amalur.

«El papel de la madre se muestra en la construcción del sistema simbólico religioso de dos maneras: por un lado, el acento puede estar en el proceso biológico del parto; a la diosa madre se la llama el ser que da vida. Por otro lado, la madre representa una determinada posición social que, por supuesto, varía de acuerdo con el sistema de relaciones, que pueden ser las relaciones madre-padre, madre-hija e hijo-madre.

En el lenguaje histórico-religioso, así como en el cotidiano, se suele hablar de la madre-tierra, como si la función de madre de la deidad

estuviera siempre ligada a la tierra y la tierra fuera símbolo siempre de potencia materno.

Este no es el caso, aunque el término "Madre Tierra" es un concepto generalizado especialmente en las culturas agrícolas.

Frente a las teorías globales de la existencia de la "Diosa Madre" en las culturas mediterráneas, hay que tener en cuenta el complejo tema de la reproducción de la vida humana, animal y vegetal, la sexualidad femenina y el rol social de la madre pueden tener una consideración muy diferente en los sistemas de símbolos religiosos y de ninguna manera se deben concentrar en una sola figura simbólica.

Las culturas prehistóricas han dejado un sinnúmero de figuras femeninas, a las que se les atribuye un significado religioso.

Pero la interpretación de estas figuras no es segura y no se puede determinar si las figuritas representan más bien el tema de la sexualidad o la reproducción de la vida (o la combinación de ambos temas).

Muchas culturas de cazadores conocen una figura simbólica ligada a la caza o mediadora entre el cazador y los animales salvajes. Es al Señor o Señora de los animales.

En algunos casos, se trata de un ser femenino, concebido unas veces como la "madre de los animales", y otras, como virgen, opuesta a la sexualidad y la maternidad (¡Artemis!).

Un espacio mucho más amplio en la historia de las religiones ocupa la fuerza de la vegetación de la tierra, que se compara con la maternidad femenina, sometiendo a la tierra a la interpretación antropomórfica. Así, el arar la tierra se compara con la penetración del pene en la vagina.

Ciertos cultivos de plantas están asociados a la madre que da a luz y alimento, como la Isis egipcia, que alimenta al rey como un árbol o la madre de los cereales Deméter en Grecia. Una gran amplitud de significados adquiere la figura de la diosa madre en el campo de la especulación teológica de las primeras civilizaciones avanzadas. A la función de madre que da la vida se une, no regularmente, pero a menudo, la función social.

En la narración mítica de esta función social, a veces se presentan relaciones que son contrarias a la realidad social humana. Esto tiene una explicación histórica, pero también se debe a la función del mito de crear mundos paralelos.

Algunas constelaciones acentúan particularmente las relaciones sociales, por ejemplo, la constelación alrededor de la diosa egipcia Isis marca el proceso de sucesión al trono.

Cuando en un panteón están representadas diferentes diosas, se le asigna a cada diosa un ámbito determinado: en Grecia, el papel social

de la madre lo representa Hera; la sexualidad, Afrodita; la productividad, Deméter.» [Cancik, 2001, vol. IV, 166 ss.]

LA GRAN DIOSA MEDITERRÁNEA Y EL TORO



Diosa apretando los pechos, símbolo arcaico de disposición a la fecundación.



Diosa minoica de las serpientes.



El hijo de la diosa representa la cosecha que muere en invierno y se regenera en primavera.

La Madre Tierra y su equivalencia como Diosa madre es un tema que aparece en muchas mitologías. La Madre Tierra es la personificación de la Tierra, generalmente además descrita en varias culturas como una diosa fértil, que representa a la tierra fértil; siendo también descrita en algunas culturas como la madre de otras deidades, en la que se las ve como patronas de la maternidad. Generalmente se creía esto porque la tierra era vista como madre de toda la vida que crecía en ella.

«La intuición primaria de la tierra como *“forma”* religiosa puede reducirse a su interpretación como receptáculo de difusas fuerzas sagradas que el hombre ha percibido, de aquí su vinculación cósmica con el mundo que le rodeaba, manifestado en la primitiva creencia de que los hijos pertenecían al lugar de origen.

Allí habrían vivido en forma prehumana (rocas, montañas, grutas, etc.) hasta que un contacto mágico les introdujo dentro de sus madres y provocó su nacimiento. En esta concepción de la vida, ignorante intervención masculina, la Tierra Madre se fue configurando como divinidad primordial de la fertilidad.

El recuerdo de tan remoto período de la historia humana sobrevivió incluso en la mitología griega, donde Hera concibió a Hefesto sin concurso viril, así como en numerosos mitos y costumbres populares que mencionan partos sobre el suelo, hombres que nacen de la tierra, etc. [...]

El descubrimiento de la agricultura perfiló, cada vez con mayor precisión, los rasgos de una deidad de la vegetación y de la cosecha que asumió el papel desempeñado por la antigua diosa madre cósmica. Huellas de esta última permanecieron en todas las cosmogonías.

En Mesopotamia, el universo y la vida fueron concebidos, pero no engendrados, por una divinidad femenina. La devoción por la divinidad agraria fue un componente común a todos los pueblos del Mediterráneo y del Próximo Oriente.

En su estructura religiosa aparecía ya el principio generador masculino, que en manifestaciones como las de Çatal Hüyük (Anatolia, 5700 a.C.) estaba simbolizado por el toro. La unión de ambos servía para renovar el eterno ciclo de la vegetación, plasmado en el futuro rito del matrimonio sagrado. Indicios de esa hierogamia se manifiestan en la combinación de senos femeninos y astas de toro en los santuarios anatolios.

Çatal Hüyük es el testimonio más antiguo del culto a la Gran Diosa mediterránea y oriental, señora de la naturaleza y de lo que esta englobaba, deidad materna por excelencia y poseedora del don de la fecundidad universal. A ello colaboraba su hijo y esposo, el dios taurino [paredro]. Hacilar, Tell-Halaf y Tell-Khafaje fueron testigos de un culto semejante. [...]

Las grandes diosas de la fertilidad del Próximo Oriente asumieron aspecto de vaca, forma que se difundió por otros lugares del Mediterráneo. Si desde el VI milenio a.C. la epifanía de la divinidad masculina estuvo ligada con el toro, nada tiene de extraño que su pareja lo estuviera a su hembra bovina.

En la peculiar estructura de la teología egipcia, la Madre Tierra de los mesopotámicos, griegos, etc., fue desconocida. En el país del Nilo la tierra se configuraba como un dios varón, Geb, y el cielo como una diosa, Nut, que se integraban en la Eneada heliopolitana. Su papel no fue comparable al desempeñado por la Gran Diosa de Mesopotamia, Siria, Anatolia o Grecia, fuente de toda vida.

En Egipto, el renacimiento futuro estuvo ligado a la unión con Re y con Osiris, hecho en el que participaban las diosas maternas; en el Próximo Oriente y en el resto del Mediterráneo, era la Gran Diosa la que con su poder revitalizador podía devolver al finado a un mundo mejor.

El seno de la tierra (cavernas, fosas excavadas en el suelo, etc.) era el útero divino donde se gestaba su nuevo nacimiento. El carácter funerario de la Magna Mater poseyó en estas culturas connotaciones lunares. [...]

La necesidad de la celebración de una hierogamia para hacer brotar los beneficios de la fecundidad y de la vida del vientre de la Gran Diosa, atrajo la atención sobre su compañero masculino.

El poder fertilizador que sobre todo se valoraba en él, le identificó con el cielo y sus fenómenos. Lo *alto*, lo *elevado* se contemplaba como una hierofanía de lo trascendente, de lo sagrado. La *vida* atmosférica y meteorológica fue concebida con un mito sin fin.

El toro fue considerado como manifestación de las múltiples denominaciones por las que se conoció al dios del tiempo y de las tormentas. Su rugido era comparado con el trueno y su esperma con la lluvia que empapaba la tierra en una hierogamia creadora. La pareja divina toro-vaca, cielo-tierra, traducía una vez más la expresión religiosa de una realidad económica que apreciaba esta especie por su gran capacidad de producir riqueza.» [Delgado Linacero, 1996: 323 ss.]

Un tema muy repetido, desde los comienzos de Sumer, fue el del toro defendiéndose de los colmillos del león.

En un antiguo sello (3500-300 a.C.) aparece un toro dominando a dos leones y a un león haciendo lo mismo con dos toros.

Estas luchas podrían simbolizar, según H. Frankfort, un conflicto entre fuerzas divinas donde el león representaría el aspecto destructivo de la Gran Madre a la que se asocia. Este tema se extendió a toda Mesopotamia y se difundió por el resto del Mediterráneo.

EL CULTO A MARÍA EN EL CRISTIANISMO



Los iconos de la Virgen María amamantando a su hijo Jesús recuerdan los de la diosa egipcia Isis amamantando a su hijo Horus (Dinastía XXVI - 664 a 525 a.C.).

La imagen popular de Isis amamantando a su hijo Horus sobrevivió en el mundo cristiano como la de María amamantando a su hijo Jesús del siglo V en adelante.

Isis era la primera hija de Geb, dios de la Tierra, y Nut, diosa del cielo. Se casó con su hermano, Osiris, con quien concibió a Horus. Isis fue fundamental en la resurrección de Osiris cuando fue asesinado por Seth. Haciendo uso de sus poderes mágicos, restauró su vida tras recuperar todas las partes del cuerpo que habían sido esparcidas por la Tierra por Seth.

«La marcada raíz original de exclusión de la figura de la diosa en el judaísmo, sumada a la poderosa alergia indoeuropea de entronizar a una diosa al mismo nivel que al Dios Supremo, lograron que en el cristianismo nunca se produjera una deificación oficial de una figura femenina.

No obstante, la Iglesia tuvo que lidiar con la enraizada creencia en una Diosa Suprema, al mismo nivel del Dios Supremo, propia del Creciente Fértil (el mundo de los semitas agricultores) así como los pueblos de toda la cuenca del Mediterráneo que, aunque indoeuropeizados, vivían asentados en regiones de arcaica tradición urbana y agrícola.

El resultado final de estas pulsiones enfrentadas fue algo a medio término entre los dos extremos: el cristianismo no incorporó oficialmente a una diosa (algo poco tolerable desde la perspectiva indoeuropea más rigurosa) pero atorgó a la Virgen María un status oficioso de auténtica diosa, reuniendo en ella los atributos y la iconografía de toda la rica tradición de los cultos femeninos mediterráneos, semitas, camitas y los ecos del culto original a la Diosa Madre de la Europa pre indoeuropea.

En los Montes de Toledo, en el centro de España, hay un pueblo de unos siete mil habitantes llamado los Yébenes. Como el resto del mundo Occidental, la sociedad de los Yébenes es hoy en día, antes que nada, laica. No obstante, el catolicismo, y particularmente la devoción religiosa, siguen jugando un papel relevante.

El pueblo tiene dos santos patronos: San Blas y la Virgen de Finibusterre. Para la mayoría de los vecinos de los Yébenes, San Blas es exclusivamente la imagen concreta del santo guardada en la ermita.

Ese es su rostro, ese es su aspecto, y no otro. La ermita es, además, el mejor lugar para rezarle. El inconsciente colectivo de los devotos de San Blas es simplemente que San Blas “vive” en su ermita.

Lo mismo podríamos decir sobre su patrona, la virgen de Finibusterre. Para los vecinos de Los Yébenes, esta virgen es un personaje concreto, diferente de cualquier otra virgen.

También en este caso, la racionalidad y la práctica caminan por lados diferentes. Intelectualmente todos saben que sólo se trata de una advocación más de la Virgen María, y que, por supuesto, no es un personaje diferente a la Virgen de la Macarena, la de los Dolores o cualquiera otra de los miles de advocaciones marianas de los distintos rincones de la geografía católica; pero se sienten devotos de “ésta” virgen, no de cualquier otra en concreto o de la virgen María en general.

A los dos patronos del pueblo hay que sumar la figura de la Virgen de la Soledad, algo menos popular, pero que también cuenta con su ermita propia, y las advocaciones de cada una de las dos parroquias existentes en el pueblo: San Juan y Santa María.

Este es, en resumen, el panteón local del pueblo. Además, cada persona en concreto puede vivir su religiosidad sintiendo una especial relación con cualquier otro santo o virgen, además de los locales.

O tal vez, acude a ellos en circunstancias concretas, como a San Antonio cuando algo se pierde o a Santa Bárbara cuando truena. Es casi inimaginable que alguien practicante y que rece con frecuencia dirija sus oraciones única y exclusivamente a Dios Padre.

Podemos disfrazar todo esto con toda la filigrana teológica que queramos, pero para cualquier observador externo sin prejuicios, sólo hay una forma de llamarlo: politeísmo». [Echánove, 2008: 342]

«Parece que la Iglesia de Roma no celebró ninguna fiesta de la Virgen antes del séptimo siglo». (*Christian Worship: Its Origin and Evolution* por el historiador francés Louis Duchesne) “La devoción a Nuestra Bienaventurada Señora a fin de cuentas debe considerarse como una aplicación práctica de la doctrina de la Comunión de los Santos.

Dado que esta doctrina no se encuentra, por lo menos de manera explícita, en las versiones más antiguas del Credo de los Apóstoles, tal vez no haya razón para que nos sorprendamos de no hallar rasgos claros del *cultus* de la Bienaventurada Virgen durante los primeros siglos de la era cristiana.” (*The Catholic Encyclopedia*) “El título ‘madre de Dios’ parece haber surgido en el uso devocional, probablemente en Alejandría, en algún tiempo durante el siglo III o el IV [...]

Para fines del siglo IV, la *Theotokos* se había establecido firmemente en varias secciones de la iglesia.» [Wikipedia]

En la isla de Éfeso existía el culto a Diana, que era adorada como la madre de Dios. En el año 431, cuando el catolicismo se extendía por todo el Mediterráneo, se celebró el Concilio de Éfeso.

Los efesios salieron a las calles exigiendo que la iglesia adoptase su antiguo culto a Diana. Los conciliares cristianos fueron severamente amenazados por los efesios. Acudieron entonces a una solución salomónica, estableciendo a María en el lugar de Diana, y declarándola como la madre de Dios. Así comenzó para el cristianismo.

El Concilio de Éfeso se celebró entre el 22 de junio y el 16 de julio del año 431, en Éfeso, antiguo puerto griego, en la actual Turquía. Como reacción al apolinarismo (Apolinar de Laodicea 310-390) que propugnaba que el Verbo se habría encarnado tomando solo cuerpo pero no alma humana, la Escuela de Antioquía comenzó a proponer que las naturalezas humana y divina en Cristo eran completas a tal grado que formaban dos sustancias independientes, dos personas en definitiva.

Dado que la terminología no era clara y única, los ejemplos y explicaciones variaban. Las teorías explicadas en la escuela de Antioquía fueron dadas a conocer por Nestorio con motivo de la denominación de la Virgen como «Madre de Dios».

A Nestorio, cuando era patriarca de Constantinopla en 428, se le pidió intervenir en un tumulto causado por un monje que afirmaba que María no era madre de Dios. Explicó el patriarca que María era «madre» de la naturaleza humana de Cristo y que, por tanto, se le podía llamar Madre de Cristo pero que era un error llamarla «madre de Dios».

La respuesta del patriarca causó estupor. No tardaron en salir los defensores de la maternidad divina de María. Nestorio acudió a las autoridades civiles para acallar a los monjes que se le oponían y escribió al papa Celestino I (429) para pedirle su opinión sobre esta doctrina que enseñaba.

Nestorio acudió también al emperador, Teodosio II quien decidió convocar un concilio. El emperador fijó el 431 para la celebración del concilio e indicó que se realizaría en Éfeso.

Al contrario de los anteriores concilios cuyas cuestiones teológicas se referían principalmente a la unicidad de Dios, el concilio de Éfeso supuso un cambio de dirección, pues se debatió sobre la naturaleza de Cristo dada la negación de los nestorianos a la unicidad de la naturaleza de Cristo y considerar que sus naturalezas, divina y humana, se encontraban separadas, prevaleciendo la naturaleza humana sobre la divina, por lo que María no debía ser considerada Madre de Dios (Theotókos), sino sólo "Madre de Cristo" (Khristotokos, ya que había dado a luz a un hombre en que la divinidad había ido a habitar).

En la primera sesión del concilio, se procedió a condenar la doctrina nestoriana como errónea, decretando que Cristo era una sola persona con sus dos naturalezas inseparables. Se decretó la maternidad divina de María.

El texto principal de la decisión del Concilio es la siguiente:

«Pues, no decimos que la naturaleza del Verbo, transformada, se hizo carne; pero tampoco que se trasmutó en el hombre entero, compuesto de alma y cuerpo; sino, más bien, que habiendo unido consigo el Verbo, según hipóstasis o persona, la carne animada de alma racional, se hizo hombre de modo inefable e incomprensible y fue llamado hijo del hombre, no por sola voluntad o complacencia, pero tampoco por la asunción de la persona sola, y que las naturalezas que se juntan en verdadera unidad son distintas, pero que de ambas resulta un solo Cristo e Hijo; no como si la diferencia de las naturalezas se destruyera por la unión, sino porque la divinidad y la humanidad constituyen más bien para nosotros un solo Señor y Cristo e Hijo por la concurrencia inefable y misteriosa en la unidad...

Porque no nació primeramente un hombre vulgar, de la santa Virgen, y luego descendió sobre Él el Verbo; sino que, unido desde el seno materno, se dice que se sometió a nacimiento carnal, como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne...

De esta manera [los Santos Padres] no tuvieron inconveniente en llamar madre de Dios a la santa Virgen.» [Concilio de Efeso, Denzinger 111a]

Después de la definición dogmática de la maternidad divina en el Concilio de Efeso (431), la prerrogativa de santidad plena se va consolidando y se generaliza el título de "toda santa" –panaguía-. En el Akathistos se canta "el Señor te hizo toda santa y gloriosa" (canto 23).

A partir del siglo VI, y en conexión con el desarrollo de la afirmación de la maternidad divina y de la total santidad de Santa María, se aprecia también un evidente desarrollo de la afirmación de las prerrogativas marianas.

MARÍA INMACULADA

Desde los siglos IV-V se consideró a María como el modelo perfecto de fe y santidad a imitar por las vírgenes cristianas, según la doctrina previamente elaborada por los grandes doctores de la Iglesia (San Atanasio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín de Hipona).

En el año 431, el Concilio de Éfeso reconoció a María como Madre de Dios, confirmando así la creencia de muchos fieles que ya desde mucho antes intercedían ante ella.

Para los Padres de la Iglesia era un tema de discusión la perpetua virginidad de María y su santidad personal.

Progresivamente llegó a imponerse la idea de una virginidad "antes del parto, en el parto y después del parto" y de una total exención de pecado.

La perpetua virginidad quedó definida en el concilio de Letrán (649 a.C.) y en la epístola dogmática del papa Agatón (680 a.C.).

El concilio de Trento, por su parte, sancionó en 1547 su total exención del pecado.

Después de siglos de discusión entre las escuelas, la Iglesia fue llegando a la conclusión de que María había sido redimida en atención a los méritos de Cristo, pero que, desde el primer instante de su ser, se había visto libre de la mancha original.

Éste es el dogma de la Inmaculada Concepción definido por Pío IX en 1845.

En la bula *Munificentissimus Deus*, Pío XII definió en 1950 el dogma de la glorificación o Asunción, según el cual María fue asumida en cuerpo y alma al cielo después de su muerte sin conocer la corrupción del sepulcro.

LA VIRGEN Y EL TORO EN ESPAÑA



Nuestra Señora de la Gleva



Nuestra Señora de Nuria

La imagen de la Virgen María está presente en muchas escenas de la vida religiosa con la presencia del toro, como en el caso de la Virgen de la Gleva o de la de Nuestra señora de Nuria.

Esta presencia tiene que ver con la costumbre de brindar ofrendas a la Virgen para poder tener descendencia las mujeres con dificultades de fecundidad.

Junto a las prácticas religiosas cristianas, se presenta este elemento, mezclado también con la magia y la creencia arraigada más en el imaginario popular, de buscar el poder reproductivo en el que el toro siempre ha estado presente. Se trata de un sincretismo, una mezcla cultural y ritual.

«Existe una relación entre la fe en la eficacia mágica de la escultura de un toro para curar la esterilidad femenina y la asociación de un toro a ciertas imágenes religiosas que tienen fama de mediadoras contra la fertilidad.

Así lo vemos en una ilustración popular del XVIII que representa una imagen de Nuestra Señora de Nuria, a cuyo santuario, en los Pirineos catalanes, van las mujeres desposadas deseosas de tener descendencia. Representa a los pies de la milagrosa imagen, una mujer en oración; en el lado inferior de la escena hay representado un toro.

La misma composición la encontramos en una cerámica que se conserva en el Museo de Vich, que representa la imagen de una Virgen muy famosa como mediadora propiciadora en otorgar favores a las mujeres sin hijos, y que concretamente es la Virgen de la Gleva.

Llama la atención en ambos casos la actitud reverente del toro, a los pies de la sagrada imagen, como si fuese el dócil instrumento del poder sobrenatural invocado por las devotas. Como en tantos otros fenómenos de la religiosidad popular, un atávico factor de magia basada en una fe naturalista sobrevive tenazmente junto a símbolos de la religión superior.» [Álvarez de Miranda, 1962: 91]



Nuestra Señora de Artiga (Valle de Arán)



Nuestra Señora de Queralt (Berga, Gerona)

«En la España cristiana desde el medioevo hasta nuestros días se puede detectar la supervivencia de las distintas facetas de la adoración de la Gran Diosa, asimilado al culto a María:

‘A partir del siglo XII, las estatuas de María fueron incorporadas como imágenes de devoción en lugares de la campiña que tenían una significación simbólica para la comunidad agrícola o pastoril, como por ejemplo las fuentes, las cimas de las montañas, los altos de los caminos y las grutas y las cuevas.

El culto de las imágenes proveyó una manera de extender esta religión a los lugares de campiña que eran considerados a través de creencias precristianas como puntos críticos de contactos con las fuerzas de la naturaleza más allá del control del individuo o de la comunidad rural.

María, como imagen de madre con su niño, fue una figura particularmente apropiada para estas localidades, era la imagen cristiana que mejor podía simbolizar la fertilidad y la protección maternal'. Los Pirineos orientales están aún poblados de ermitas y santuarios marianos cuyos orígenes fueron unidos a circunstancias maravillosas y cuyos protagonistas son pastores o bueyes o ambos a la vez.

La aparición de las imágenes tuvo lugar siempre en parajes naturales, a menudo en grutas. Pastores fueron quienes hallaron a Nuestra Señora de Bancells, invocada en particular contra las enfermedades del ganado, Nuestra Señora de la Salud (Baixes), Nuestra Señora de Biguerri, Nuestra Señora de Canólia (Andorra), Nuestra Señora de Carregue, Nuestra Señora de Carramia, Nuestra Señora de Nuria, Nuestra Señora de Queralt, Nuestra Señora de Montgrony, etc.

Bueyes encontraron a Nuestra Señora de la Artiga (Betlau). Nuestra Señora de Bosost (Valle de Arán), Nuestra Señora de Caldas (Bohí), Nuestra Señora de Plá (Ribagorza) y muchas otras más. Entre todas estas vírgenes destaca la Leyenda de Nuestra Señora de Montgarri, patrona del Valle de Arán: su imagen fue descubierta por un buey en terrenos de pastos comunales.

Considerada por los pastores como un regalo del cielo, cada uno cedió una vaca propia para formar el rebaño de la Virgen, el cual aún subsiste. De entre estas reses, siempre surge un buey que dirige a los demás como un pastor hasta su muerte, momento en que es reemplazado por otro, elegido por sus compañeros. La relación del toro con la Madre de Dios llega hasta la construcción de pequeños tentaderos adosados a sus santuarios, práctica frecuente en el área dominada por la cultura de los verracos. Durante las fiestas marianas, en ellos se daba y aún se da muerte a la res, cuyos restos se reparten entre los asistentes a la romería. Pueden citarse el de la Virgen de la Vega (Piedrahita, Avila), el de San Sebastián (Serrata, Avila), el de Medinilla (Avila) etc.» [Delgado Linacero, 1996: 348 s.]



Mare de Deu (Olot, Gerona)



Virgen del Toro



La relación de la Virgen con el toro, en innumerables ermitas españolas de advocaciones marianas, nos está hablando de pervivencias de antiguos ritos de fecundidad.

El santuario de la Virgen del Toro es una ermita situada en la cima del Monte Toro (la montaña más alta de Menorca). Según cuenta la tradición secular, la imagen fue encontrada en el siglo XIII por un padre de la Orden de Santa María de la Merced. Una noche, un anciano padre vio cómo se alzaba hacia el cielo una columna de luz resplandeciente, desde la cima del monte. A la noche siguiente, los monjes de la comunidad subieron en procesión hasta la cima del monte Toro.

Pero la ascensión se hacía cada vez más penosa. De repente les salió un toro furioso que les cerró el paso, pero al ver el toro la "Cruz de Guía" procesional que portaban los monjes, se amansó y los guio monte arriba entre la densa maleza. Repentinamente se encontraron con unas enormes piedras que obstaculizaban la marcha.

El toro las destruyó con su poderosa cornamenta, quedando nuevamente el camino expedito. Al llegar a la cima, el insólito animal se inclinó ante la entrada de una cueva de la que salía una luz prodigiosa y en ella encontraron la imagen de la Virgen con el niño Jesús en brazos.

Los monjes la trasladaron solemnemente a su convento, pero al día siguiente desapareció la imagen y la encontraron nuevamente en la cueva de la cima del monte.

Ante este milagroso suceso los monjes comprendieron que era voluntad de la "Señora" morar en la cueva del Monte Toro, por lo que construyeron en dicho lugar una capilla para rendirle culto y más tarde, construyeron un convento a donde se trasladó la orden de la Merced.



Nuestra Señora de Caacupé (Paraguay)



La Inmaculada de Rubens



Virgen de la Candelaria

La Virgen de Guadalupe, así como la Inmaculada Concepción, la Virgen de la Caridad del Cobre, la Virgen del Pino, la Virgen de la Cabeza, la Virgen de las Canarias, la Virgen Medalla milagrosa, la Virgen de las Veraneras, Virgen Madre protectora, Nuestra Señora de la Merced, la Virgen de las Angustias, la Virgen del Carmen, la Virgen María Auxiliadora, Virgen de Lujan, la Patrona de los niños, etc., etc. aparecen con una media luna a sus pies.

Se trata de un creciente lugar en posición invertida (con los cuernos hacia arriba), un recurso que surgió por vez primera en el siglo XVI y se propagó a lo largo de la centuria.

Algunos autores asocian la media luna invertida con la batalla de Lepanto. Los turcos dispusieron su flota naval en forma de media luna, mientras los cristianos lo hacían en forma de cruz.

Así, se ha visto en la media luna bajo los pies de María un modo de resaltar el triunfo del cristianismo. Pero hay que tener en cuenta que el Islam venera a la Virgen con sumo respeto y reconoce, desde antes del Catolicismo, la Inmaculada Concepción de María.

Con la Carta Apostólica *Ineffabilis Deus* (1854), Pío IX declaró el dogma de la Inmaculada Concepción. Con esta bula el catolicismo se unió al Islam en reconocer la Inmaculada Concepción de la Virgen, algo que antes de dicha bula, sólo el Islam reconocía.

También se cree que la media luna a los pies de la Inmaculada se refiere un pasaje del Apocalipsis: «Apareció en el cielo una gran señal: una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas, y estando encinta, gritaba con los dolores de parto y las ansias de parir.» (Ap 12:1)

Si bien es comúnmente aceptado que las doce estrellas proceden de la visión de San Juan en el Apocalipsis, también hay que reconocer que no hay más justificación para la luna creciente sobre la que la Virgen está colocada que las antiguas creencias que relacionaban a las diosas madres con la luna.

Así, la diosa Isis, está siempre representada con dos cuernos dorados son sinónimo de la luna creciente, y en sus templos aparecía cabalgando sobre su barca lunar. Esta diosa egipcia fue venerada en todo el mundo greco-romano y egipcio. Su culto floreció en Roma hasta que el sincretismo cristiano la asimiló a la Virgen María, que incorporó amplias características de Isis, incluyendo el viaje con su hijo a Egipto.
